

SERVICIO SECRETO

**BRU
GUE
RA**

BOLSILIBROS

T POLICIACO

UN "ROLLS"
A LA PUERTA

**Clark
Carrados**



Ahogó un bostezo y se puso en pie, dispuesto a acostarse. Había tenido un día de bastante trabajo y tenía sueño.

Estiró los brazos, mientras contemplaba con ojos críticos el interior de su apartamento. Clay Kipton sonrió ligeramente. Dentro de pocos días abandonaría para siempre aquella casa, en la que no había disfrutado de demasiados lujos.

Ahora, sin embargo, su suerte había cambiado notablemente y había podido permitirse el lujo de tomar en alquiler, bastante caro, todo había que decirlo, una casa con jardín en uno de los mejores barrios residenciales de la ciudad.

La casa necesitaba algunas ligeras reparaciones y una mano de pintura. Los operarios terminarían dentro de pocos días. Entonces, Kipton iniciaría las operaciones de traslado.



Clark Carrados

Un «Rolls» a la puerta

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1698

ePub r1.0

Lds 26.02.19

Título original: *Un «Rolls» a la puerta*

Clark Carrados, 1983

Cubierta: Fabá

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



CAPÍTULO PRIMERO

Ahogó un bostezo y se puso en pie, dispuesto a acostarse. Había tenido un día de bastante trabajo y tenía sueño.

Estiró los brazos, mientras contemplaba con ojos críticos el interior de su apartamento. Clay Kipton sonrió ligeramente. Dentro de pocos días abandonaría para siempre aquella casa, en la que no había disfrutado de demasiados lujos.

Ahora, sin embargo, su suerte había cambiado notablemente y había podido permitirse el lujo de tomar en alquiler, bastante caro, todo había que decirlo, una casa con jardín en uno de los mejores barrios residenciales de la ciudad.

La casa necesitaba algunas ligeras reparaciones y una mano de pintura. Los operarios terminarían dentro de pocos días. Entonces, Kipton iniciaría las operaciones de traslado.

Y se compraría un coche nuevo, porque el actual, aparte de viejo y ya poco confiable, desentonaría por completo en su nueva residencia. El único problema estribaba en encontrar una sirvienta, una especie de ama de llaves o, por lo menos, una mujer que viniese un par de horas al día para arreglar la casa.

—Pero todo se andará —murmuró, mientras empezaba a aflojarse el nudo de la corbata.

Entonces llamaron a la puerta.

Kipton volvió los ojos instintivamente hacia la entrada. ¿Quién podía ser a aquellas horas? No esperaba a nadie...

—Una millonaria joven y rica que viene a entregarme sus encantos y a poner su fortuna a mis pies, a cambio de que la defienda de los asaltos del malvado barón de la Toisserie... —pensó, de buen humor, mientras avanzaba hacia la puerta.

Abrió. No, no era la millonaria joven y hermosa. Los dos

hombres que estaban en el umbral eran lo menos parecido a la mujer que había soñado segundos antes.

—¿Caballeros...? —dijo cortésmente.

—El «Rolls» está a la puerta, señor —contestó uno de los sujetos. Kipton parpadeó.

—Yo no he pedido ningún «Rolls» —manifestó.

—Lo sabemos. Nosotros nos hemos preocupado de ello. Venga con nosotros, por favor.

—¿Adónde? —preguntó Kipton, que ya empezaba a escamarse.

—Ya lo sabrá en su momento.

—Pero...

Una pistola apareció de súbito en la mano del desconocido y se apoyó en su estómago.

—Deje de poner pegas o le perforo las tripas. Venga con nosotros, en silencio y sin hacer gestos sospechosos. Le aseguramos que no le va a pasar nada y que podrá volver indemne a su casa, pero sólo a condición de que haga lo que le indiquemos. ¿Está claro?

—Para ustedes, tal vez. Yo lo veo muy oscuro —dijo Kipton lúgubrementes.

Era inútil resistirse a las demandas de dos tipos que parecían pistoleros profesionales. Aunque sabía manejar medianamente las armas de fuego, jamás había poseído una. Tenía que obedecer, no le quedaba otro remedio.

Su apartamento estaba en un tercer piso. Bajaron por la escalera y salieron a la calle.

Kipton abrió unos ojos como platos.

—¡Caramba, pues sí es verdad! —exclamó—. Hay un «Rolls» a la puerta de casa...

—No le hemos mentado —dijo el pistolero gravemente, a la vez que abría la portezuela posterior del coche.

Momentos después, Kipton estaba acomodado en el asiento posterior, entre los dos sujetos, uno de los cuales no había despegado los labios en ningún momento. Al volante del «Rolls» había otro sujeto, de fúnebre aspecto, el cual puso el motor en marcha sin necesidad de recibir órdenes.

—Caballeros, no sé sus nombres... —dijo Kipton al poco rato.

—Yo me llamo Sam. Mi compañero es Sim —respondió el

pistolero.

—¿Y el chofer?

—No le importa su nombre.

Kipton se arrellanó en el asiento.

—Pues qué bien —murmuró—. Va a ser una noche muy divertida...

—No lo sabe usted bien —contestó Sam enigmáticamente.

* * *

Una hora más tarde, el «Rolls» se detuvo ante una imponente mansión, de estilo antiguo, con tejado de pizarra, bohardillas y un par de torres en uno de los lados. La casa estaba rodeada por un amplio jardín, en el que se veían algunos copudos olmos y robles. El jardín, a su vez, estaba circundado por una verja de hierro, rematada en agudos pinchos, de más de tres metros de altura.

Todas las ventanas de la casa aparecían a oscuras, a excepción de una iluminada en la planta baja. Al detenerse el coche, Kipton sintió en su mano derecha el contacto de un objeto metálico y frío.

—Esto es un revólver —dijo Sam—. Ahora entrará en la casa y matará al hombre que está en su despacho.

Kipton dio un bote en el asiento.

—¿Eh? Pero ¿qué se han creído ustedes...?

Sim habló por primera vez y puso su pistola en el costado del joven.

—Muchacho, haga lo que le dicen —gruñó—. No tiene otra opción, así que adentro y a liquidar al viejo.

—Pero ¿por qué?

—Eso no le importa a usted en absoluto.

—Déjame a mí, Sim —intervino Sam—. Amigo, usted va a hacer exactamente lo que le ordenamos, y no nos engañará, porque debe saber que en estos momentos un amigo nuestro está con su madre. Dentro de un cuarto de hora, le telefonaremos diciéndole que la misión está cumplida. Entonces ese amigo se marchará... pero si no recibe el aviso a la hora convenida, matará a su madre. ¿Está claro?

—Si, sí... —Kipton tragó saliva, dándose cuenta que no le quedaba otro remedio que obedecer aquella sangrienta orden—. Pero... el disparo hará ruido...

—No se preocupe: el arma tiene silenciador.

—Y... las puertas...

—No están cerradas con llave.

—Habrá alarmas...

—Han sido desconectadas. ¡Vamos, andando!

Kipton se vio rudamente empujado fuera del coche.

—Recuerde, la vida de su madre corre peligro —repitió Sam.

El joven avanzó unos pasos. Cuando empujaba la verja, se detuvo.

—Pero si yo no...

Aquellos tipos estaban confundidos, sin duda, se dijo. No obstante, tenía que entrar en la casa, por lo menos. Aunque no la veía, sentía la pistola de Sim apuntándole a la espalda y ello le causaba una desagradable sensación que no podía evitar.

La verja cedió sin dificultad. Por un instante, Kipton pensó en volverse y empezar a tiros con aquellos sujetos, pero se contuvo, recordando que eran tres y, con toda seguridad, mucho más prácticos que él en el manejo de las armas.

Avanzó a lo largo del sendero central y llegó a la puerta, protegida por una gran marquesina, de estilo acorde con el de la casa. La puerta se abrió sin problemas.

Entró en el vestíbulo, amplio, lujosamente decorado. Al fondo divisó una puerta entreabierta.

No conocía al dueño de la casa, pero ni por asomo pensaba en matarle. Le confesaría lo que ocurría, haría que llamase a la Policía y...

Abrió la puerta. El dueño de la casa estaba sentado tras la mesa de despacho, con la cabeza doblada sobre el pecho. Sin duda, pensó Kipton, se había quedado dormido.

Era un hombre de algo más de sesenta años, pero todavía con buen aspecto. Debía de ser un tipo con mucho dinero, calculó.

Dio varios pasos. De pronto, se detuvo, como herido por un rayo.

Había un agujerito rojo en la blanca pechera de la camisa del sujeto. Kipton contuvo la respiración.

Inmediatamente adivinó que alguien se le había anticipado. Aquel hombre, no cabía duda, estaba muerto.

El crimen, sin embargo, parecía haberse cometido hacía poco

rato. La sangre se veía aún fresca.

Kipton sintió que la cabeza le daba vueltas. Luego se esforzó por recobrar la serenidad.

Empezó a pensar en lo que haría a continuación. Saldría fuera y diría a los pistoleros que ya había liquidado al viejo. ¿Y si ellos le liquidaban, a su vez, para tapar una boca comprometedora?

No parecía probable, calculó. A fin de cuentas, en alguna parte, había un hombre amenazando a una mujer.

—Y no es mi madre, porque yo no tengo...

De pronto, divisó algo que le hizo concebir una idea salvadora.

Sobre la mesa, medio oculto por unos papeles, había un revólver. Kipton guardó el que le habían dado los pistoleros y levantó los papeles. Con gran asombro, apreció que era un arma del mismo calibre y que, sorprendentemente, también tenía silenciador.

Sin perder un segundo más se guardó el arma y dio media vuelta. Cuando salía, por precaución, descargó el revólver que le habían entregado los pistoleros.

Momentos después, estaba junto al coche.

—Listo —dijo—. He liquidado al viejo.

—Estupendo —sonrió Sam—. Suba, le llevaremos de vuelta...

—Oiga, Sam, si no le importa, preferiría volver a pie. Estoy un poco nervioso, compéndalo: el aire de la noche me sentará bien.

—Claro, muchacho —rió el pistolero. Agarró un micrófono y dijo—. Ed, ya puedes llamar a Turkey. Dile que la cosa está hecha y que dejen a la vieja en paz.

El chofer asintió y usó el radioteléfono de que estaba provisto el lujoso automóvil. Una pobre mujer, pensó Kipton, quedaba libre de una horrible amenaza.

—Sam, una pregunta, por favor —solicitó—. ¿Por qué me han traído en un «Rolls», precisamente?

—Hombre, fíjese en el barrio. Otro coche habría desentonado, ¿no le parece?

A Kipton lo que le parecía era que la gente se fijaría mucho más en un «Rolls» que en un automóvil vulgar, pero prefirió evitar más comentarios. Agitó una mano y echó a andar.

—Suerte, amigos —se despidió.

El coche se puso en movimiento. A los pocos segundos, Kipton se dio cuenta de que el chofer buscaba un sitio adecuado para

maniobrar y volver por la misma ruta que habían seguido a la ida.

Sam se había quedado ya con el revólver supuestamente empleado en el asesinato. Kipton se volvió un instante y divisó al «Rolls» dando la vuelta a unos cincuenta metros de distancia.

En aquellos momentos, pasaba por un lugar en el que no había edificios de ninguna clase. A su derecha, prácticamente en el borde de la carretera, se divisaba un oscuro talud, cuya profundidad era imposible de calcular debido a la hora.

Una vez más, volvió la cabeza y apreció que el «Rolls» empezaba a cobrar velocidad. De repente, sintió una aguda sospecha.

Le habían dejado llegar hasta allí. ¿Quién encontraría su cadáver, en el fondo del barranco, quizá varios días más tarde?

Las luces del coche le enfocaron directamente. Kipton apreció que el conductor lo desviaba hacia el máximo, a su derecha.

—Para situarse más cerca de mí —pensó.

El «Rolls» se le echó literalmente encima. Bruscamente, Kipton se lanzó al suelo.

Las ruedas del vehículo pasaron a menos de un palmo de su hombro izquierdo. Kipton se volvió, con el revólver en la mano.

El chofer se dio cuenta de que había fallado el ataque y empezó a frenar. En el mismo instante, Kipton empezó a disparar.

No lo había hecho nunca, pero supo sujetar el arma con las dos manos. Los disparos no hicieron ruido, aunque sí un neumático al estallar inesperadamente.

El «Rolls» coleó espantosamente. Su conductor trató de detenerlo, pero ya no podía evitar lo que no tenía remedio.

El automóvil saltó al barranco. Durante un segundo, se mantuvo en el aire, con las ruedas girando alocadamente en el vacío. Luego cayó al talud, rebotó espantosamente y continuó el descenso, dando horribles volteretas y dejándose en el camino trozos de su estructura, que volaban por los aires como chirriantes pájaros de muerte.

Arrodillado, Kipton contempló el dantesco espectáculo. El «Rolls» se detuvo casi cien metros más abajo, al estrellarse contra una enorme roca. Apenas un segundo más tarde, vio brillar una llamarada.

El tanque de gasolina se inflamó segundos más tarde, con espectacular explosión. Kipton calculó que los diferentes ruidos y el

resplandor del incendio atraerían muy pronto a la gente.

De pronto, se acordó del revólver que aún tenía en la mano. Precipitadamente, lo limpió con un pañuelo y luego lo arrojó a la mayor distancia posible. Había mucha vegetación en el barranco. Tardarían en encontrar el arma... si acaso la encontraban algún día, calculó.

Algunas luces se encendieron en la vecindad. Kipton supo que no podría ocultar su presencia en aquellos parajes. Pero ¿no podía un hombre, como él darse un paseo en una noche de agradable temperatura?

CAPÍTULO II

Por la mañana, sentado ante la mesa del desayuno, leyó el periódico.

La víctima se llamaba Eamus R. Mallinson, conocido hombre de negocios, filántropo y mecenas del arte. Las causas de su muerte se debían al proyectil calibre 38 que alguien había alojado en su corazón.

En los momentos en que el forense calculaba se había producido el fallecimiento de Mallinson, se había ocasionado un espectacular accidente de automóvil en el que habían muerto los tres ocupantes del mismo. El periódico daba sus nombres y añadía que eran miembros muy destacados del hampa local.

Se sospechaba que uno de ellos había sido el asesino de Mallinson. Al huir, el chofer sin duda había efectuado una falsa maniobra y el coche se había precipitado al barranco, con resultados funestos para sus pasajeros.

Había un testigo presencial del accidente: él mismo. Kipton había declarado no haber visto nada, hasta que pudo contemplar el «Rolls», a toda velocidad, saliéndose del camino para precipitarse al abismo. No le gustaba que su nombre figurase en los periódicos, pero habría sido mucho peor que hubiese intentado escapar. No lo hubiera conseguido y habrían sospechado de él inmediatamente. En cambio, la excusa que dio para su presencia en el lugar de los hechos había sido aceptada sin dificultad por la Policía.

En la información se añadía también que Mallinson, en aquellos momentos, estaba solo en su casa, puesto que era el día de salida de la servidumbre. Tenía que haberse quedado el mayordomo, sin embargo, pero había necesitado salir con urgencia, a causa de la enfermedad de una hermana y el muerto le había dado permiso

para ausentarse.

Kipton entornó los ojos al leer aquella parte de la información. En el mismo momento, se formó una hipótesis.

—En las novelas policíacas, el mayordomo es siempre el primer sospechoso, aunque luego resulta ser inocente del crimen. Apostaría doble contra sencillo a que esta vez no se cumple esta regla: el mayordomo es sospechoso y tiene mucho que ver con el crimen.

Pero ¿qué podía hacer él? ¿Informar anónimamente a la Policía? En todo caso, el mayordomo, si realmente había tenido algo que ver con el crimen, habría procurado cubrirse bien las espaldas. Tendría una buena coartada, no cabía duda.

Lo mejor que podía hacer, decidió finalmente, era dedicarse a sus asuntos. Tarde o temprano, el criminal sería descubierto y castigado. Un tanto egoístamente se dijo que a fin de cuentas pagaba sus impuestos, para que hubiese policías y jueces. Que ellos se encargasen del caso: ya no era cosa suya.

Sobre todo, sabiendo que no había tenido que matar a Mallinson. Aunque, de todas formas, no lo habría hecho. Pero era ya un suceso pasado y debía olvidarse de él cuanto antes.

Tres días más tarde dio por finalizadas las operaciones de traslado. No se llevaba, a fin de cuentas, más que sus ropas personales, un par de cajones repletos de libros y la máquina de escribir. Una agencia se había encargado del transporte, aunque Kipton decidió llevar personalmente, en su nuevo coche, algo que había comprado dos días antes con enorme ilusión.

Se trataba de un gran jarrón de cerámica. Sabía de sobra que no era auténtico, pero sí resultaba una copia excelente de uno legítimo, y había pensado que quedaría muy adecuado a la decoración de su nueva residencia. Por tanto, agarró el jarrón y se dirigió hacia la puerta.

Rodeándolo con el brazo izquierdo, sujeto contra el costado del mismo lado, abrió y salió al descansillo, disponiéndose a cerrar inmediatamente. En el mismo instante, se abrió la puerta del apartamento contiguo. Alguien protestó con energía.

—Les digo que no sé de qué me están hablando. Yo no me moví de casa la noche del día veintidós...

—Vamos, vamos, no nos vengas con historias, Charlie Barstow. Ven con nosotros y ya le contarás tu bonito cuento al jefe. Seguro

que no se lo traga, como nosotros.

Kipton, todavía con la mano en la llave, y ésta a su vez en la cerradura, se volvió instintivamente. Dos hombres trataban de sacar a la fuerza a un tercero del interior de la vivienda.

—Pero les aseguro que están equivocados. La noche del veintidós yo estaba en casa...

—Charlie, ¿vienes por las buenas o te sacamos con los pies por delante? —rugió otro de los sujetos.

A Kipton, el tono de los individuos le recordó enormemente el empleado por Sam y Sim. Y, ¿por qué diablos tenían que citar precisamente aquellos sujetos la fecha en que había muerto Mallinson?

—Además, sabes también qué les pasó a Sam, Sim y a Ed. Ven con nosotros, muchacho: el jefe tiene muchas ganas de oír tus explicaciones.

Kipton ya no tuvo más dudas. Aquellos hampones eran compinches de los que habían muerto en el «Rolls». Decidió que debía hacer algo, pero se arrepintió cuando era ya tarde.

—¿Por qué no dejan en paz a ese pobre hombre? —apostrofó a los matones—. Váyanse a su casa y déjenlo tranquilo.

—Vaya, Charlie, te ha salido un defensor —dijo burlonamente uno de los sujetos—. Escucha, renacuajo, métete en tus cosas y no intervengas en asuntos que no son de tu incumbencia.

Pero Kipton ya no podía retroceder. Fijó la vista en Barstow y le hizo una pregunta:

—Charlie, ¿tiene usted madre?

—Claro que sí, aunque no vive conmigo —respondió el interpelado, no menos sorprendido que los pistoleros.

—Eso lo explica todo —murmuró el joven.

Barstow tenía tres o cuatro años más que él, vivía en el apartamento contiguo y el aspecto físico de los dos era relativamente parecido. Sam y Sim no habían mencionado jamás un nombre ni él les había dicho el suyo. La confusión se explicaba así fácilmente.

—Bueno, Charlie, no se apure —sonrió—. Estos caballeros van a marcharse ahora mismo y le dejarán en paz, créame.

—Estás loco —barbotó uno de los hampones.

Y metió la mano en el interior de su chaqueta, evidentemente

para sacar un arma, pero Kipton fue más rápido que él. El instinto de defensa le hizo contraatacar con lo que tenía a mano: el jarrón chino.

Se oyó un terrible estrépito. El jarrón saltó en mil pedazos al romperse contra el cráneo del matón, quien se desplomó en el acto, con la cara bañada en sangre.

El otro lanzó un rugido de ira y se arrojó contra el joven. Kipton fue de nuevo más veloz y le recibió con un izquierdazo al hígado que lo dejó paralizado. Un tremendo golpe con la derecha, proyectó al pistolero hacia la escalera, por la que rodó aparatosamente, hasta detenerse en el descansillo inferior.

Kipton miró tristemente los restos del jarrón.

—Lástima, era tan bonito... —Miró a Barstow—. Un consejo, Charlie: lárguese de la ciudad inmediatamente.

—No hace falta que me lo repita —contestó el hombre—. Haré el equipaje y me marcharé ahora mismo.

—No se entretenga demasiado —aconsejó Kipton.

Pasó por encima del pistolero que estaba rodeado por los fragmentos del jarrón y emprendió el descenso. El otro había quedado inconsciente en el piso inferior.

Momentos después, Kipton estaba a bordo de su nuevo coche.

Por unos momentos, se sintió intranquilo. Aquellos matones no habían muerto, como Sam, Sim y Ed. Podían encontrarle algún día...

Pero la ciudad era muy grande y se acordó de pronto que no había dejado su nueva dirección. Al anunciar que se marchaba al administrador de la casa, no le había querido dar sus nuevas señas. Había pensado que era como emprender una nueva vida, en un lugar distinto y con unas perspectivas infinitamente más favorables que unos meses antes.

No, no había motivos para sentir la menor inquietud, se dijo mientras conectaba la radio del coche para escuchar uno de los últimos ritmos de moda.

* * *

Habían transcurrido ya algunas semanas y Kipton daba por olvidados los incidentes en que se había visto envuelto el mes

anterior. Los asuntos marchaban viento en popa y cada día se sentía más satisfecho de la existencia.

Además, había conseguido encontrar otro jarrón, muy parecido al anterior. Si las cosas marchaban así, tal vez dentro de un par de años podría mudarse a una casa aún mejor...

De repente, el timbre de la puerta cortó en seco sus rosados sueños. Dejó el cigarrillo que fumaba a un lado, apagó la televisión y se levantó para abrir, extrañado de recibir una visita. En realidad, la primera desde que vivía en aquella casa.

La visitante era una chica, alta, espigada, de melena oscura, corta, ojos grises y aspecto resuelto. Quizá no era muy guapa, pero su rostro poseía un atractivo singular. «Cuando sonría, resultará encantadora», pensó.

—Lo siento —dijo—. Si viene a venderme algo, señorita, tengo de todo.

—No soy vendedora —respondió ella—. Mi nombre es Doreen Bradstone y vengo a hablar con usted de la muerte de Eamus Mallinson.

Kipton se quedó con la boca abierta.

—Oiga, ¿quién le ha dicho...? —Inmediatamente, se corrigió—. No sé nada de ese suceso, excepto lo que publicaron los diarios.

—¿Acaso piensa que le estoy acusando del crimen, señor Kipton?

—Ah, incluso sabe cómo me llamo...

—Me ha costado bastante dar con usted. Pero si me permite pasar, le explicaré los motivos de mi visita. ¿O no quiere recibirme?

—¿Por qué no? —Kipton se echó a un lado—. No tengo nada que ocultar, señorita Bradstone.

—Gracias —dijo Doreen—. Tiene una casa muy bonita, señor Kipton.

—No está mal. ¿Qué quiere tomar?

—Nada, gracias. Señor Kipton, he leído a fondo todas las informaciones referentes al asesinato de Mallinson. Usted se hallaba en las proximidades de la casa cuando se perpetró el crimen.

—Así lo declararé a la Policía, aunque no vi ni oí nada —mintió el joven con todo descaro.

—Pero se paseaba por allí...

—¿Leyó usted los periódicos o no?

—Sí, claro.

—Entonces, ya sabe por qué me paseaba por aquellos parajes en los momentos en que se cometió el asesinato. Una hora aproximada, claro, aunque muy cercana al instante del crimen, puesto que los autores se mataron con el coche al escapar. Eso es lo único que vi y no tengo nada más que decir sobre el particular.

Doreen pareció humanizarse un tanto.

—Dispense usted, señor Kipton —rogó—. No estaba en mi ánimo ofenderle a usted, aunque me gustaría que comprendiese mi situación.

—Si no me la explica, no podré comprenderla, señorita Bradstone. Pero ¿qué es usted? ¿Policía? ¿Detective privado?

Ella agitó la cabeza negativamente. Su pelo se sacudió de una forma encantadora con aquel movimiento.

—No. Me interesa aclarar las causas de la muerte de Mallinson. Era mi tío, ¿entiende?

—Su tío...

—Mi madre era hermana suya. Por eso llevo otro apellido distinto. Pero yo era el único pariente vivo que le quedaba.

—Lo siento, no lo sabía. Sin embargo, está la Policía...

—Aunque no lo dicen oficialmente, dan el caso poco menos que cerrado. Por dicha razón, yo quiero descubrir al asesino.

—Bien, supongamos que lo consigue. ¿Qué ventajas obtendrá de ello, salvo la satisfacción de la justicia?

Doreen vaciló un instante.

—Perdone, pero no puedo ser más explícita por ahora —dijo al cabo—. De todos modos, le agradezco infinito que me haya recibido, señor Kipton. Estimaría infinito que disculpase las molestias que le he ocasionado.

—Al contrario, he tenido un gran placer en conocerla, aunque haya sido por un motivo tan poco agradable. Siempre me tendrá a su disposición, señorita Bradstone.

—Muchas gracias.

El timbre de la puerta volvió a sonar en aquel preciso instante. Los ojos de Doreen se fijaron en el rostro de Kipton.

—Si esperaba una visita, ya me marchó —dijo.

—No espero a nadie a estas horas —respondió él—. Con su permiso...

Kipton cruzó la espaciosa sala para abrir. Al girar la puerta a un lado, recibió una enorme sorpresa.

—Bien, parece que volvemos a vernos —dijo sonriendo uno de los dos individuos que se hallaban ante el umbral.

Kipton sufrió un fuerte choque al reconocerlos. Aquellos sujetos eran los mismos que habían pretendido secuestrar a Charlie Barstow.

CAPÍTULO III

En el rostro de uno de los pistoleros se advertía un par de cicatrices todavía tiernas. Eran los resultados del jarrón roto sobre su cráneo. El tipo, apreció Kipton, no le miraba precisamente con afecto.

El otro, sin embargo, sonreía, pero su sonrisa daba escalofríos. Kipton apreció sendos bultos en el lado izquierdo de cada chaqueta.

Tragó saliva.

—¿Qué... qué desean, caballeros? —preguntó.

—Permítame —dijo el primero que había hablado—. Yo soy Ringo Clarke. Mi amigo, el de la cara marcada, es Botty Lemson. Simplemente, queremos hablar con usted...

—Éste no es el momento adecuado. Tengo una visita, señores.

—¿Qué visita? —dijo Clarke—. ¿Trata de burlarse de nosotros?

Kipton respingó. Volvió la cabeza y se dio cuenta de que Doreen había desaparecido.

—Bueno, es lo mismo. No tengo nada que hablar con usted...

Lemson le empujó con la mano.

—Nosotros sí tenemos que hablar con usted —dijo de mal talante—. Y contestará a nuestras preguntas o tendrá que lamentarlo. No haga que me acuerde del jarrón que me rompió en la cabeza, ¿comprende?

—A mí me tiró por la escalera y estuve media hora sin sentido —añadió Clarke—. También tengo una cuentecita que ajustar, ¿sabe?

—Bu... bueno, pero... yo...

—Escuche —dijo Clarke—. Sabemos positivamente que Sim y Sam se lo llevaron a usted en el «Rolls» la noche en que se mataron. ¿Por qué diablos no les dijo que no era Charlie Barstow?

—¿Y por qué tenía que decírselo? Ellos no me preguntaron

nada... y además, eso que está diciendo es mentira. Yo no sé nada de unos tipos llamados Sim y Sam, ¿me oyen?

Lemson hizo un gesto de impaciencia.

—Kipton, no nos haga perder los nervios. Queremos saber con todo detalle lo que pasó aquella noche. ¿Por qué fue usted en lugar de Charlie?

—¿Y por qué tenía que ir Charlie y no yo?

Los dos hampones se desconcertaron. Clarke emitió un gruñido.

—Eso no es cuenta suya. Se confundieron, sin duda.

Lemson vomitó una interjección.

—Ringo, estamos perdiendo el tiempo. Vamos a empezar la sesión de gimnasia, a ver si este tipo se decide a soltar la lengua de una maldita vez.

—Aguarda un momento —pidió Clarke—. Será mejor que hagamos las cosas en debida forma. Ahí veo el teléfono. Llama a Turkey, cuéntale cómo está el asunto y pregúntale si conviene que a este idiota le hagamos hablar a cualquier precio.

—Está bien, Ringo.

Lemson fue hacia el teléfono, situado sobre una consola que había al lado de la puerta que comunicaba con las habitaciones interiores de la casa. Levantó el aparato y empezó a marcar un número.

Entonces, surgieron dos manos rematadas en uñas pintadas de rojo y asieron el jarrón situado junto a la consola. Los ojos de Kipton se dilataron.

Clarke oyó un ligero ruidito y se volvió. Vio el jarrón que caía sobre la cabeza de su compinche y lanzó un grito de aviso.

Pero ya era tarde. El jarrón se deshizo en millares de fragmentos y Lemson se desplomó fulminado al suelo.

Clarke emitió un rugido. Kipton decidió pasar a la ofensiva y repitió los mismos golpes que en la ocasión anterior.

—Sabe pegar —dijo Doreen al aparecer bajo el dintel de la puerta.

Kipton se llevó una mano a los ojos.

—Mi jarrón... el segundo que se rompe en pocas semanas... La cabeza de ese tipo debe poseer una atracción especial para la cerámica...

—Dejemos esto —dijo ella, con las manos a los costados—.

Conque no sabía nada de la muerte de mi tío y resulta que viajó en el «Rolls» que se estrelló poco más tarde, ¿eh?

—Espere. Deje que le explique. Hubo una confusión...

—Ya me lo dirá en otro momento, señor Kipton. Perdone, pero tengo prisa y no quiero que estos gánzapiros me vean salir de su casa. Tenía la impresión de que me seguían, aunque no estaba segura de ello. Ahora ya no me cabe la menor duda de que van detrás de mis pasos. Nos veremos en otro momento. ¡Adiós!

Doreen se marchó, convertida en un torbellino. Kipton quedó en medio de la estancia rascándose la cabeza con aire de perplejidad.

—Y ahora, ¿qué diablos hago yo con estos dos pajaracos?

Al cabo de unos momentos creyó haber encontrado la solución.

Lo primero que hizo fue desarmar a los dos pistoleros. Luego esperó a que despertasen.

Clarke era el menos afectado y recobró antes el conocimiento. Apuntándole con su propia pistola, Kipton señaló al desvanecido Lemson.

—Lléveselo —ordenó—. Me quedo con las armas. No vuelvan más por mi casa o la próxima vez los recibiré a tiros. Legítima defensa contra unos ladrones que trataban de asaltarme, ¿entienden?

Clarke asintió pesadamente. Al quedarse solo, Kipton emitió un larguísimo suspiro de alivio. Luego se sirvió un buen trago de *whisky*.

—¿Y ahora...? —murmuró para sí.

Aunque no le gustaba reconocerlo, lo cierto era que le habían complicado contra su voluntad en el asesinato de Mallinson. Y puesto que era así, ¿por qué no intentar aclarar el enigma?

De pronto, recordó un detalle singular. Clarke había mencionado el nombre de Turkey. Sam también lo había pronunciado.

¿Quién era Turkey? ¿Qué relación tenía con la muerte de Mallinson?

Con ojos llenos de tristeza, contempló los restos del jarrón chino.

—Si esto sigue así, me voy a convertir en el mecenas de esa fábrica de cerámica artística —murmuró.

Al día siguiente, después de una noche de descanso más bien irregular, Kipton tomó el coche y se encaminó hacia la residencia de Mallinson.

Había estado en aquellos parajes en horas nocturnas. Ahora quería ver el escenario a plena luz.

Media hora más tarde, se apeó del coche. Bajo el resplandor del sol, la casa de Mallinson no ofrecía mucho mejor aspecto que el que había captado aquella siniestra noche.

—En cualquier momento, saldrá por la puerta el conde Drácula. No, los vampiros rehuyen la luz del sol. Pero puede que aparezca Frankenstein...

De pronto, vio algo que llamó su atención.

Había una mujer cultivando los rosales situados más cerca del edificio. Llevaba puesto un ancho sombrero de paja el cual se veía atado un pañuelo de colores que dejaba solamente el rostro al descubierto. Incongruentemente, llevaba pantalones muy cortos y ceñidos, lo cual le permitió ver un par de piernas realmente preciosas.

Ella se inclinó, vuelta de espaldas hacia la verja junto a la cual se hallaba Kipton. El joven sonrió al contemplar aquel agradable espectáculo.

De repente, un hombre salió de la casa y se acercó a la muchacha.

Ella se enderezó. El hombre vestía de una forma peculiar. Era alto y estirado y Kipton comprendió en el acto el papel que desempeñaba en la casa.

El hombre habló brevemente con Doreen. Ella hizo un gesto negativo con la cabeza y él, tras una cortés inclinación, se retiró de nuevo al interior de la casa.

Doreen volvió otra vez a su actividad. A los pocos momentos, se inclinó nuevamente hacia delante. Kipton sonrió. Buscó con la vista y encontró una piedrecita. Después de tomar puntería con todo cuidado, la disparó hacia el objetivo.

—¡Ay! —dijo ella, a la vez que se enderezaba de golpe, frotándose con una mano el lugar afectado por el impacto.

Giró en redondo y divisó al joven. Kipton sonreía.

—Hola, Doreen —saludó.

—¡Ha sido usted! —acusó la muchacha furiosamente.

—Lo siento. No encontraba el timbre de llamada y me pareció un buen método para entrar en contacto con usted.

—Lo que ha entrado en contacto conmigo ha sido una piedra y no ha resultado muy agradable —Doreen avanzó a largas zancadas hacia la verja—. ¿No tenía otro medio de llamar mi atención, señor Kipton?

Ella tenía en las manos unas enormes tijeras. Kipton retrocedió un paso, prudentemente.

—He venido para ayudarla —manifestó—. No trato de agredirla, así que no use ese chisme conmigo.

—Ganas me dan de... Bien, ha dicho que quiere ayudarme. Ya sabía yo que tenía algo que ver con la muerte de mi tío. ¿Qué es lo que sabe sobre el particular?

—Oiga, ¿quién era el tipo que hablaba con usted hace unos momentos?

—Bernard, el mayordomo. Lo era de mi tío y sigue a mi servicio. Ahora soy yo la dueña de esta casa —declaró Doreen orgullosamente.

—La felicito sinceramente y deseo que no se encuentre ningún fantasma por las noches. Tengo un amigo que es productor de cine y le diré que le alquile a usted la casa para una película de terror.

—Se ve que no la conoce por dentro. Es más... elegante que lo que aparenta... pero la casa no importa nada ahora. Si mal no recuerdo, dijo que quería ayudarme. ¿En qué va a consistir esa ayuda?

—Investigue a Bernard —dijo él, muy serio.

—¿Bernard? —repitió Doreen, estupefacta—. Oiga, usted ha leído demasiadas novelas policíacas, en las que el mayordomo es siempre el primer sospechoso. Esto no encaja con Bernard: llevaba casi veinte años al servicio de mi tío y gozaba de su absoluta confianza. ¿Lo entiende?

—¿De veras? Si su tío tenía tanta confianza en él, ¿por qué se marchó Bernard precisamente la misma noche en que se cometió el crimen?

—Tenía una hermana enferma. Mi tío le autorizó la ausencia.

—Bernard se marchó el último. La servidumbre tenía permiso aquella noche.

—Todos son de confianza.

—Bernard, el mayordomo, estaba encargado de cerrar las puertas y conectar las alarmas. No había ninguna puerta cerrada con llave y las alarmas estaban desconectadas. ¿Por qué tuvo que descuidarse precisamente aquella noche?

Doreen empezó a dar muestras de inquietud.

—Quizá... la preocupación por la enfermedad de su hermana...

—¿Sabe si existe esa hermana?

—No, aunque le preguntaré...

—Claro, y él le dirá que sí. Investigue por su cuenta, mujer; obtendrá mejores resultados.

—Bueno, no sé qué decirle —murmuró ella, desconcertada—. Sospechar de Bernard es lo último que se me habría ocurrido.

—En cambio, yo sospeché desde un principio. Si la enfermedad de su hermana hubiera resultado realmente grave, sí se comprende que saliera disparado de la casa, olvidándose de sus deberes. Pero volvió al día siguiente y, tengo entendido, su hermana no ha muerto todavía.

—Es muy raro, en efecto. ¿Cree usted que estaba de acuerdo con los criminales?

—No pondría mi mano en el fuego por defender su inocencia, Doreen.

—Bien, ya veré a ver lo que hago... Pero, oiga, ¿cómo sabe usted tantas cosas? Primero me dice que no sabe nada; luego aparecen unos tipos que manifiestan que usted vino aquí en un «Rolls» que luego se estrelló, con la muerte de sus tres ocupantes... ¿Por qué no se explica de una vez?

Kipton sonrió enigmáticamente.

—Ringo Clarke pronunció el nombre de Turkey. Voy a averiguar quién es ese tipo. Quizá cuando haya hablado con él, pueda decirle más cosas. Mientras tanto, tendrá que esperar.

—Veo que no me queda otro remedio, señor Kipton. Bien, trataré de investigar a Bernard discretamente. Por casualidad, va a salir ahora a hacer unas gestiones particulares. Aprovecharé para registrar su habitación.

—Vea, sobre todo, si tiene una cuenta de ahorros.

Doreen asintió.

—Entiendo. Si fue cómplice del crimen, tuvo que hacerlo por dinero. Pero ¿por qué, al cabo de tantos años?

—Quizá hubo algún motivo más que el del dinero, ¿no cree?

—Es posible —ella sonrió—. Oiga, ¿por qué no entra en casa a tomar una taza de té? No está bien que hablemos a través de la reja...

—Sí, debería haberme traído una guitarra. Usted sujetaría una rosa roja con los dientes y me la arrojaría al terminar la serenata. Pero ya tomaré esa taza de café en mejor ocasión. Gracias, de todos modos.

Kipton se dispuso a marcharse, pero, de pronto, recordó algo:

—Doreen, la próxima vez que trate de ayudarme en una situación comprometida, en mi casa, claro, no emplee ningún objeto de cerámica, ¿eh? Ese jarrón me costó un ojo de la cara... Podía haber usado una silla, ¿comprende?

—Lo siento. No se me ocurrió entonces, señor Kipton.

—Me llamo Clay —indicó él.

En aquel momento, Bernard salía de la casa vestido con ropas corrientes. Cruzó el jardín, dirigió a la joven una leve inclinación de cabeza y abrió la verja de la calle.

Después de salir, volvió a cerrar. Giró en redondo y caminó unos pasos por la acera.

Súbitamente, se acercó un coche, que se detuvo unos instantes con gran chirrido de frenos. Bernard se volvió, sobresaltado.

Una mano, armada con una pistola, asomó por una de las ventanillas. La pistola escupió varios sonoros fogonazos.

Bernard se tambaleó un poco y cayó sobre el asfalto. El coche arrancó de inmediato, antes de que los asombrados espectadores de la escena hubieran tenido tiempo de reaccionar.

Las manos de Doreen se crisparon un segundo en torno a los barrotes de la verja. Abrió la boca y lanzó un estridente chillido.

Kipton adivinó lo que iba a suceder y sujetó sus manos, para evitar que se soltase.

—Es inútil —dijo sombríamente—. Ya no se puede hacer nada por ese desgraciado.

CAPÍTULO IV

Una doncella trajo servicio de café y Kipton llenó una taza y se la entregó a la muchacha. Doreen tomó un par de sorbos.

—Usted tenía razón —dijo tristemente—. Bernard estaba de acuerdo con los criminales.

—Hable en singular, sería lo correcto. Sólo un hombre disparó contra su tío. Aunque, evidentemente, el asesino es el resultado de una conspiración contra él.

—Sí, pero ¿quién podía tener interés en su muerte? ¿Por qué lo mataron, Clay?

Kipton pensó inmediatamente en la noche en que había tenido un «Rolls» a la puerta de su casa. Dos hombres le habían llevado a aquella mansión para obligarle a asesinar a su dueño. Pero cuando llegó, Mallinson estaba ya muerto.

¿Quién había sido, realmente, el asesino?

Por el momento, sin embargo, evitó formular aquella pregunta a la muchacha. Aunque la Policía se había marchado hacía rato, ella estaba todavía muy alterada. Además, se resistía a contarle el papel que había desempeñado forzosamente la noche del asesinato. No conocía bien a Doreen y recelaba de sus posibles reacciones. Tenía la impresión de que algún policía podía sospechar de él. Era la segunda vez que se cometía un crimen en aquella casa, aunque ahora la muerte se había producido en la puerta, pero él se hallaba en las inmediaciones en ambas ocasiones.

«Si yo fuese policía, también sospecharía de mí», pensó.

—Bueno —dijo al cabo, lentamente—, quizá usted pueda averiguar algo, Doreen.

—¿Cómo, señor Kipton?

—Vive en la casa de su tío, la cual le pertenece ahora. Todas las

puertas están abiertas para usted. Trate de encontrar documentos o algún rastro que le permita llegar a la identificación de los asesinos. Por el momento, es todo cuanto puedo decirle.

—Lo haré, aunque no hoy. Me encuentro muy afectada, compréndalo. He visto morir a Bernard ante mis propios ojos y le conocía desde hace muchos años. Le apreciaba...

—Bernard era un traidor —gruñó él—. Ha recibido, justamente, el premio que se merecen todos los de su calaña.

—¡No hable así! —protestó Doreen con gran vehemencia—. ¿Y si le obligaron a salir aquella noche contra su voluntad?

Kipton evaluó aquella posibilidad. También a él le había sucedido algo parecido a lo que decía la muchacha. Estaba juzgando al mayordomo con demasiada severidad y, sobre todo, prematuramente, se dijo.

—Tal vez fuera así —admitió—. De todos modos, le conviene revisar todos los papeles que pueda encontrar en el despacho de su tío. Además, vaya a hablar con su abogado, cuando se sienta bien, naturalmente. Es todo lo que puedo aconsejarle.

—Gracias, señor Kipton...

—Recuerde que me llamo Clay —sonrió él—. ¿Hay algo más que pueda hacer por usted, Doreen?

—No, gracias. Lamento las molestias que ha sufrido por mi causa. Es usted una persona excelente, Clay.

El joven sonrió. Tomó una de las manos de la joven, le dio unas palmaditas afectuosas y se dirigió hacia la salida.

Se preguntó si debía investigar por su cuenta. Y, en tal caso, ¿por dónde empezar?

Recordó el nombre de Turkey, escuchando por dos veces y ambas en situaciones nada agradables. ¿Quién era Turkey? ¿Dónde podría encontrarlo?

* * *

Acompañada del elegante caballero que había ido a visitarla aquella tarde a su casa, Doreen entró en unos grandes almacenes, a hacer unas compras. Ross Fayne estuvo a su lado, pacientemente, durante todo el rato. Al fin, cuando ya terminaban, la invitó a cenar.

—Conozco un sitio estupendo, el «Mayflower». Buena mesa, discreto. ¿Te parece bien?

—Encantada —contestó ella.

De pronto, vio algo que llamó su atención. Inmediatamente, recordó un suceso ocurrido días atrás.

Acercándose al dependiente, le preguntó por el precio de aquel objeto. El empleado contestó en el acto. Doreen sacó su tarjeta de crédito.

—Me gusta —declaró—. Quiero comprarlo, pero habrán de enviarlo a la dirección que les indique.

—Muy bien, señora —respondió el dependiente.

Casi a la misma hora, Kipton se disponía a salir de casa.

—No sé cuándo volveré, de modo que puede marcharse cuando termine su trabajo, señora Warren —indicó a la mujer que se ocupaba de la limpieza de su casa.

—No se preocupe, señor. Váyase tranquilo.

Kipton reanudó la peregrinación emprendida días atrás. Aunque podía haberlo encomendado a una agencia de detectives, prefirió hacerlo por sí mismo, tanto por razones de economía como por no divulgar su interés en el caso Mallinson. Las agencias de detectives eran depositarias de muchos secretos y no solían traicionar a sus clientes, pero ¿quién le decía que iba a una equivocada?

Al atardecer, no había dado aún con la pista deseada. Kipton empezó a pensar que no tenía nada de detective. ¿Era posible que no supiese encontrar a Turkey?

Enormemente fatigado, entró en un bar para tomarse una copa y reflexionar mientras descansaba un poco. Se acercó al mostrador, sentándose en un taburete, pidió un *whisky* y sacó un cigarrillo.

Cuando lo había encendido, alguien se lo quitó de la boca. Kipton se volvió. Una hermosa mujer, de algo más de treinta años, le miraba sonriendo de un modo muy especial.

—No me has reconocido, Clay —dijo ella.

—Tu rostro me «suenas», pero ahora no caigo...

—Un capataz maderero en los Aserraderos Huttles, una muchacha que volvía locos a todos los jóvenes de la vecindad, un chico tímido que nunca se atrevió más que a mirarla de lejos... Una vez me encontraste bañándome desnuda en el río y echaste a correr, como si yo fuese el mismísimo diablo...

Los ojos del joven se dilataron.

—¡Syra! ¡Syra Johnson! —exclamó—. Pero ¿cómo es posible que no te haya reconocido?

—Han pasado muchos años desde entonces y, además, ahora mi apellido es Belding. Clay, te mantienes igual que entonces —sonrió ella.

—Y tú estás más guapa todavía que entonces, si cabe —dijo Kipton—. ¿Qué quieres tomar, Syra?

—Lo mismo que tú. Clay, ¿sabes que tienes un aspecto magnífico?

Kipton la miró especulativamente de pies a cabeza. Syra tenía el pelo muy claro y poseía una silueta altamente sugestiva, pródiga en curvas y entrantes en los lugares apreciados. Siempre había sido una chica muy maliciosa, pero ahora, además, adivinó que poseía una enorme experiencia de la vida.

—Pues tú estás arrebatadora —respondió—. ¿Qué haces ahora? ¿Qué es de tu vida? Aunque si has cambiado de apellido, se debe sin duda a que te casaste...

—Me casé y enviudé. Mi esposo se mató en un accidente de automóvil.

—Lo lamento, Syra. No sabía nada.

Ella exhaló una bocanada de humo.

—No lo lamente. Mi esposo se mató en compañía de una botella y dos furcias —dijo crudamente.

—A pesar de todo, lo lamentarías, aunque no fuese más que, presumo, por el fracaso matrimonial. ¿A qué te dedicas ahora, Syra?

Ella no contestó, pero le miró fijamente. Kipton enrojeció.

—Oh, dispénsame; no debí hacerte cierta clase de preguntas...

—No tiene importancia, Clay. Y tú, ¿qué haces?

—Soy escritor.

—Ah, un oficio muy interesante. ¿Te va bien?

—No puedo quejarme. Oye, Syra, si te parece, para celebrar nuestro encuentro, podríamos cenar juntos. En el «Mayflower», por ejemplo. ¿Lo conoces?

—Sí, es un sitio bastante bueno. Acepto encantada, Clay.

—Entonces, no se hable más. Tengo el coche a la puerta. Vamos a llenar el estómago, Syra.

Kipton entró en el restaurante, con la mano en el brazo de la mujer. Un obsequioso *maitre* les atendió y colocó en una mesa. Kipton encargó unos «martinis» como aperitivo y luego indicó el menú.

—No sé lo que me pasa, Syra; casi me parece mentira estar contigo...

—Ahora pareces un poco más animoso. Entonces eras terriblemente tímido —sonrió ella.

—Son cosas del carácter de cada cual, no le des más vueltas. La vida, después, te hace perder buena parte de tu timidez. Ahora no echaría a correr si te viese bañándote desnuda en un remanso. Puede que fueses tú quien tuviera que correr para... preservar tu virtud.

Syra se echó a reír.

—Me parece que no correría... salvo lo justo para salir del agua y buscar un sitio propicio al otro lado de unos matorrales —contestó jovialmente—. De todas formas, cuando hayamos acabado de cenar, si quieres intentar esa persecución, colaboraré con mucho gusto.

Kipton fijó los ojos en el rostro de la mujer que tenía frente a sí. Era muy hermosa, ciertamente, aunque su belleza fuese un tanto basta. Pero no se podía negar el enorme atractivo sensual que se desprendía de su figura. Syra había sido una chica sumamente desarrollada ya a muy temprana edad y casi veinte años más tarde, no había perdido uno solo de sus encantos. «Se han multiplicado, en todo caso», pensó.

—Hablaremos del asunto después —dijo al cabo—. Ahora, vamos a aplicarnos a lo que interesa más, esto es, llenar el estómago.

El camarero empezó a servir la cena. Cuando pusieron el segundo plato, Syra empleó el cuchillo y el tenedor, pero los lanzó a un lado casi inmediatamente.

—Este filete es incomible. Parece suela de los zapatos del cocinero... ¡Eh, mozo! —llamó al cocinero—. Llévese inmediatamente esta bazofia y tráigame algo que se pueda comer.

—Señora... —protestó el hombre.

—Haz lo que te digo. ¿O quieres que le dé una queja tuya a Turkey?

Kipton abrió la boca, estupefacto. Fue a decir algo pero en aquel mismo instante, recibió la segunda sorpresa de la noche, al ver entrar en el restaurante a Doreen, acompañada de un elegante caballero, que parecía mostrarse muy solícito con ella.

Doreen y su acompañante pasaron por delante de la mesa. Ella le vio entonces y se detuvo.

—Clay... ¡Qué sorpresa encontrarle aquí!

El joven se puso en pie.

—Celebro saludarla, Doreen —sonrió—. Permítame presentarle: Syra Belding, una amiga de la infancia. Syra, ésta es la señorita Mallinson.

—Mallinson —repitió Syra pensativamente—. Mucho gusto, señorita.

—Es un placer —contestó la muchacha—. Permítanme: el señor Fayne Ross, éste es Clay Kipton, un buen amigo. Ella...

—He oído su nombre —sonrió Fayne—. Celebro conocerles a los dos.

—Era socio de mi tío en una de sus empresas mineras —añadió Doreen—. Y ahora, si nos lo permiten... Supongo que querrá quedarse con la señorita Belding, para evocar recuerdos de la infancia.

—Si, eso es lo que haremos —contestó Kipton, dándose cuenta de la malicia que había en las palabras de Doreen.

La chica y Fayne se marcharon. Al quedarse solos, Syra extendió una mano y la puso sobre el brazo del joven.

—Clay, ¿de qué conoces tú a la sobrina del difunto Mallinson?

—Y tú, ¿de qué conoces a Turkey? —preguntó él a su vez.

—Bueno, es... una de mis amistades. Muy superficial por supuesto.

El camarero sirvió otro plato. Kipton lo señaló con una mano.

—Anda, cena; discutiremos el asunto después... en mi casa, si te parece.

—¿Hay sitio para correr? —preguntó ella maliciosamente.

—Te alcanzaré enseguida —sonrió Kipton.

CAPÍTULO V

Entraron en la casa y Kipton ayudó a Syra a quitarse la estola de piel que cubría sus hombros. Luego dijo:

—Tengo una botella de champaña en el refrigerador. La abriré, para celebrar nuestro encuentro.

—¡Estupendo! —aprobó ella—. Oye, tienes una casa muy bonita.

—He trabajado duro para conseguirlo y además, me ha acompañado la suerte. Te indicaré dónde está el baño...

Kipton fue a la cocina, sin fijarse en el gran paquete que había a un lado, en un rincón escasamente alumbrado. Sacó la botella, buscó dos copas y regresó a la sala.

Syra vino momentos después, ahuecándose el pelo con las dos manos. Kipton le entregó una copa.

—Por nuestro encuentro.

—Ha sido una circunstancia muy afortunada. Ojalá se repita, Clay.

—Eso espero. Y ahora, Syra, siéntate y cuéntame cosas de Turkey.

Ella le miró fijamente.

—¿Por qué te interesa tanto ese tipo?

—Dime una cosa, por favor. Exactamente, ¿cuál es tu relación con Turkey?

—Somos conocidos, poco más que de vista, pero sin ninguna intimidad. En ningún sentido. A veces voy al «Mayflower», le saludo, cambio unas frases con él, y eso es todo. Lo mismo hago cuando voy a jugarle unos dólares en su «Silver Palace» o en el «Labyrint». Son negocios suyos, ¿sabes? El camarero no se mostró muy satisfecho de que yo le rechazase aquélla suela de zapato. Pero si me quejo a Turkey, lo habría puesto de patitas en la calle. A

Turkey no le gustan las quejas de los clientes.

—Comprendo. ¿Eso es todo, Syra?

—¿Esperabas algo más, Clay?

Kipton reflexionó unos instantes.

—Syra, dime, ¿conoces a unos tipos llamados Ringo Clarke y Botty Lemson?

Ella se estremeció.

—¡Dios! Tú los conoces, según parece.

—Sí —admitió él.

—Mira... yo tengo cierta amistad con Turkey, muy superficial, insisto. Pero sé quién es, qué hace y cómo las gasta cuando se enfada con alguien. Sin embargo, eso no me interesa a mí, porque yo vivo mi vida a mi manera. No me meto en los asuntos de los demás, si puedo evitarlo, ¿comprendes?

—Desde luego. Empiezo a sospechar que Turkey no es precisamente lo que se dice un santo.

—De santo tiene menos que yo de sacerdotisa budista. Clarke y Lemson, por otra parte, no son los únicos.

—Turkey debe de tener una banda muy bien organizada, ¿no es cierto?

—Sí, pero, repito, yo no sé nada, ni quiero saberlo. En esta clase de asuntos, cuanto más ignore uno, mejor.

—Comprendo. Gracias por lo que me has dicho. Syra...

—¿Tienes algún problema con Turkey, Clay?

—Pues... así se podría definir. Pero no es de importancia, no te preocupes. ¿Otra copa?

—Dámela, siento que la necesito. Oye, ¿de qué conoces tú a la sobrina de Mallinson? La muerte de ese tipo hizo mucho ruido, Clay.

—Te lo contaré en otro momento —sonrió Kipton.

Bebieron un poco de champaña. Luego, Kipton volvió a mirarla.

Syra llevaba puesto un vestido que se sostenía por dos tirantes muy estrechos. El delantero era bastante mesurado, pero el escote de la espalda llegaba hasta más abajo de la cintura.

Con la mano derecha, bajó uno de los tirantes. El arranque del seno izquierdo quedó al descubierto.

—¿Empieza la persecución? —preguntó ella.

Kipton se inclinó hacia Syra. De pronto, cuando iba a besarla,

vio algo por encima de su hombro derecho y se separó dando un vivo respingo.

—¿Qué diablos es eso? —exclamó.

—¿Tengo algún bicho en el cuerpo? —se alarmó ella.

Kipton se puso en pie, rodeó el diván y extrajo del rincón la enorme caja que había en aquel lugar. Con ella en las manos, fue a una mesa y, en el acto, empezó a rasgar el papel de la envoltura.

—Parece que alguien te ha enviado un regalo —observó Syra—. ¿Acaso es hoy el día de tu cumpleaños?

—No, y no sé quién puede haberme enviado este paquete. Lo habrá recibido mi asistente, seguramente. Pero como se marchó antes de que yo volviese...

Una caja de cartón quedó al descubierto. Después de cortar los precintos de papel de goma, la caja pudo descomponerse en cuatro partes. Había también virutas de embalaje y, cuando las hubo apartado del todo, Kipton pudo ver el objeto que le habían enviado un remitente desconocido.

—Por los clavos de Cristo... ¡Syra, fíjate, qué jarrón tan hermoso!

—Sí, es muy bonito —sonrió ella—. Parece que hay alguien que te quiere muy bien, Clay.

El joven pensó por unos instantes en cierta persona, pero desechó la idea de inmediato. «No, no puede haber sido Doreen», se dijo.

Levantó el jarrón con ambas manos.

—Es verdaderamente precioso —dijo.

Y, en el mismo instante, algo entró raudamente por la ventana y rompió el jarrón en mil pedazos.

El estrépito de la rotura impidió a Kipton oír el sordo ruido del impacto de la bala contra la pared opuesta. Todavía con las manos en la misma postura, los ojos dilatados por el asombro, al igual que Syra, volvió la mirada hacia la ventana y divisó el orificio estrellado que había surgido repentinamente en uno de los cristales.

Inmediatamente, comprendió lo ocurrido.

—¡Al suelo, Syra! —gritó.

Syra no se hizo de rogar y se tendió velozmente. Kipton saltó hacia el diván, cuyo respaldo quedaba junto a la ventana. Otro cristal fue agujereado y esta vez sí escuchó el ruido del impacto contra la pared.

Miró cautelosamente por encima del respaldo del diván. En la penumbra del exterior, pudo divisar a un tipo, parado detrás de un coche oscuro, sobre cuyo techo apoyaba las dos manos con las que empuñaba una pistola de cañón desmesuradamente largo.

El arma emitió un pálido fogonazo. Kipton se agachó instintivamente. La bala pasó a unos centímetros de su cabeza.

—Siguen disparando —dijo Syra.

—Sí. Está afuera, a unos treinta pasos.

—¿No tienes un arma a mano?

Kipton pensó inmediatamente en las dos pistolas que había arrebatado días atrás a los hombres de Turkey, pero ni por asomo pensaba utilizarlas. A menos que el pistolero intentase penetrar en la casa.

Los faros de un coche iluminaron repentinamente la calzada. El pistolero se volvió un instante y luego se metió a toda prisa en su coche.

El otro vehículo llegó velozmente y se cruzó ante el primero, cerrándole el paso. Un hombre se apeó, con una pistola ametralladora en las manos.

Kipton creía soñar. «Estoy viendo una película de “gangsters”. Esto no puede ser cierto», pensó.

La ametralladora vomitó una ruidosa serie de fogonazos. El parabrisas del coche saltó en mil pedazos.

Luego, el hombre de la ametralladora dio media vuelta y se dispuso a subir al coche que le había traído hasta allí. Cometió un error.

El otro pistolero no había muerto aún. Haciendo un terrible esfuerzo, consiguió enderezarse y disparó una vez a través del hueco dejado por el parabrisas destruido.

El ametrallador agitó las manos y lanzó su mortífera máquina al aire. Luego empezó a caer, tratando de agarrarse a la portezuela del coche. El conductor, espantado sin duda, retrocedió con violencia, cambió de marchas y salió disparado, llevando a rastras al hombre de la ametralladora. Unos metros más adelante, éste se soltó, dio

unas cuantas volteretas sobre el asfalto y se quedó quieto.

El primer pistolero salió de su coche acribillado a balazos. Kipton presencié una escena increíble.

El hombre parecía haber resultado ileso de la furiosa ráfaga de proyectiles que le habían disparado. Caminó unos cuantos metros, con paso inseguro, pero de pronto cayó hacia adelante y se estrelló de cara contra el suelo.

Kipton se incorporó rápidamente y corrió las cortinas la sala. Desde el suelo, Syra le miró aprensivamente.

—¿E... estamos seguros, Clay? —preguntó.

—Por ahora, sí. Pero la policía no tardará en acudir.

—Diremos lo que ha pasado...

—No diremos nada —cortó él, tajante—. Diremos solamente que oímos unos disparos en la calle. Cuando todo pasó, nos asomamos y pudimos ver un par de tipos tirados por el suelo. ¿Entendido?

—Sí. ¿Nos creerán?

Kipton sonrió.

—Recoge tus cosas, ve al dormitorio, quítate la ropa y ponte uno de mis pijamas. Cuando te vean con esa indumentaria, no sospecharán nada —contestó.

—Creo que tienes razón —suspiró ella—. Clay, se me han quitado las ganas de... correr.

—Ya encontraremos otro día un remanso más tranquilo —dijo el joven intencionadamente.

Apartó un poco las cortinas y miró hacia la calle. Algunos curiosos empezaban a salir de sus casas.

Uno de aquellos pistoleros había intentado asesinarle. A su vez, había sido muerto por... ¿un competidor?

¿Se había metido, sin saberlo, en una guerra de bandas?

Maldijo la equivocación de dos estúpidos hampones, llamados Sam y Sim. Todos sus problemas provenían del día en que le anunciaron tenía un «Rolls» a la puerta. Claro que los dos pistoleros habían pagado cara su equivocación, pero eso no representaba ningún consuelo para él.

¿Sabía algo comprometedor para el verdadero asesino de Mallinson?

Cuando llegó el nuevo día, no había podido aún despejar las dudas que le atenazaban el ánimo.

Enervado, un tanto fatigado, después de una noche pasada prácticamente en vela, fue al baño y tomó una ducha bien fría.

—No he pegado ojo y, además, ha sido por motivos bien poco agradables.

Syra se había marchado después de ser interrogada por la Policía. Ninguno de los dos había sentido deseos de continuar la entrevista, aplazándola hasta otro momento mejor. Pero, a pesar de todo, Kipton se sentía muy satisfecho del inesperado encuentro con la amiga de la infancia.

Cuando terminó, hizo café y se sirvió un par de tazas. Empezó a notarse mejor, aunque no pudo evitar un gesto de tristeza al pensar en el tercer jarrón chino destrozado.

El teléfono sonó en aquel instante. Levantó el aparato.

—Kipton —rezongó.

—Bueno días, Clay. ¿Ha descansado bien?

—Según se mire, Doreen.

—Vaya, no parece muy contento. Yo pensé que se lanzaría a darme vivas muestras de su gratitud, pero parece que en vez de enviarle un jarrón chino le haya enviado un par de serpientes de cascabel.

—No, no es eso —contestó el joven—. La verdad es que agradezco infinito su gesto, sobre todo, porque no lo esperaba. Pero...

—Pero ¿qué, Clay?

—Si me oye sollozar, no se extrañe. ¡Es el tercer jarrón que se me rompe en pocas semanas!

—¡Caramba! —se asombró ella sinceramente—. Me aseguraron en la tienda que lo enviarían muy bien embalado... ¿Acaso se le cayó de las manos?

Kipton dudó unos instantes. Luego dijo:

—Doreen, no quiero seguir hablando por teléfono. Indíqueme un sitio donde podamos vernos y acudiré a la hora y al lugar que usted desee.

—Bueno, en tal caso, ¿por qué no viene a mi casa? Yo estoy ocupada revisando los papeles de mi tío y no pienso salir en todo el día. Venga cuando quiera, hombre.

—Está bien, Doreen.

—Ah, por favor, permítame una pregunta indiscreta. La dama que le acompañaba anoche, ¿era de verdad una amiga de la infancia?

A Kipton le molestó el tono irónico que empleaba la muchacha.

—Sí, infancia y adolescencia —contestó.

—Debieron de ser unos tiempos maravillosos, ¿verdad?

—No los olvidaremos jamás. Ella corría a bañarse al río... sin nada de ropa encima y yo la perseguía después...

—Anoche, seguramente, no necesitó hacer el papelito del sátiro detrás de la ninfa.

—Los tiempos han cambiado. Ahora ya no necesitamos corretear por los bosques. Aunque, de todos modos, es una experiencia que me gustaría revivir.

—¡Lujurioso individuo! —le apostrofó ella—. ¿Cómo es posible que sea capaz de decirme semejantes obscenidades?

—Le recomiendo haga la prueba un día, con alguien de su confianza, claro. Un día de verano, con la hierba brillando como esmeraldas, el agua cristalina a unos pasos, los árboles dando fresca sombra...

—Está bien, no siga. ¿Es eso lo que escribe usted en sus novelas?

—Escribo cosas mucho peores, Doreen.

—¡Pornógrafo!

Kipton se echó a reír.

—Bueno, ¿quiere que vaya a su casa o no?

—Si, venga, pero le mantendré a raya con una estaca de cinco metros de largo.

—Sujétele una horquilla al extremo, así estará más tranquila. Seguramente, encontrará alguna entre las herramientas de su jardín. Hasta luego, Doreen.

Colgó el teléfono, sonriendo, pero luego se enojó con la muchacha, porque estimaba se había comportado ofensivamente. ¿Qué le importaban a ella sus asuntos privados?, se dijo.

Encendió un cigarrillo y se acercó a una de las ventanas. Tendría que mandar reponer los cristales perforados por las balas. Pero los rompería previamente, con cualquier excusa. El operario no miraría en la pared, donde estaban los impactos, pero sí podría mostrarse demasiado curioso si viera unos orificios de procedencia hartos más

que discutible.

De pronto, distinguió a un hombre parado en la acera.

—¿Qué hace ahí ese tipo? —masculló el joven.

La actitud de Ringo Clarke era la de un hombre que aguardaba sin prisas el autobús. A pocos pasos había una parada, pero Kipton no se dejó engañar por aquella actitud de pretendida indiferencia. «Me espía», pensó.

Al cabo de unos momentos, creyó haber hallado la solución para el problema. En modo alguno quería que Clarke supiera que se dirigía a la casa de Doreen.

Un buen rato más tarde, salió y se acercó al poste indicador de la parada. Clarke simuló no verle.

El autobús llegó a los pocos momentos. Kipton fue el primero en subir y depositó el importe del billete en la máquina. Luego, con paso normal, avanzó hacia el centro del vehículo.

La puerta de salida no estaba cerrada aún. Había algunos pasajeros que estaban descendiendo.

Clarke subió al autobús y las puertas delanteras empezaron a cerrarse. En el mismo instante, Kipton se lanzó a través del hueco de la otra puerta que ya se cerraba también. El autobús arrancó cuando todavía tenía los pies en el aire.

Sonriendo burlonamente, se volvió hacia el vehículo que ya aumentaba la velocidad. El rostro de Clarke era una máscara de rabia infinita.

Kipton le sacó la lengua en son de burla. Luego, cuando el autobús se hubo alejado, caminó medio centenar de metros. Divisó un taxi, hizo señas para que se detuviese y se encaminó a la casa de Doreen.

CAPÍTULO VI

Con gran asombro por su parte, vio que Fayne estaba con la muchacha.

—Le atenderé enseguida, Clay —dijo ella—. Ahora tengo que despachar unos asuntos urgentes con el señor Fayne. Me disculpa, ¿verdad?

—Claro, los míos no tienen ninguna urgencia —sonrió Kipton. Miró a Fayne y agregó—. La señorita Bradstone ha tenido la gentileza de permitirme el acceso a su casa. Va a enseñármela, porque así podré mencionar un edificio muy parecido en una de mis novelas.

—Ah, es escritor —dijo Fayne.

—Sí. «Suspense» y sexo. Es lo que pide hoy el público —contestó el joven sin pestañear.

—No es mala receta. ¿Vamos, Doreen?

En los ojos de la joven había furia. Kipton se preguntó si le diría la verdad a Fayne. No tenía nada contra éste, pero puesto que las relaciones de ambos parecían estrictamente de negocios, prefería que el sujeto ignorase los verdaderos motivos de su presencia en la mansión.

Una doncella le hizo pasar a un saloncito y le sirvió café. Kipton vio una estantería con libros y se acercó para curiosear los títulos.

Hojeó algunos libros. Al cabo de unos momentos, vio uno que llamó especialmente su atención. Lo sacó de la estantería y repasó alguna de sus páginas, con la sonrisa en los labios.

—No creo que ésa sea una de sus lecturas favoritas —sonó de pronto la voz de Doreen en el umbral de la salita.

Kipton se volvió hacia ella, sin soltar el libro.

—Parece muy interesante —comentó.

—Sus gustos no coinciden con los del autor del libro, Clay.

—A usted sí le agrada Robert Duvaize, parece.

—Me gusta como escribe ese hombre, aunque muchos opinan que sus temas están pasados de moda. Pero tengo entendido que ha obtenido buenos éxitos con sus últimas obras. La que tiene usted en las manos, «Vida, pasión y muerte de una princesa», es realmente estupenda.

Kipton cerró el libro.

—Celebro que le guste Duvaize y lamento no poder escuchar lo mismo de mis obras —comentó—. Bien, si ha despachado ya con Fayne...

—Era socio de mi tío en la «Fayson Copper Mining» —explicó Doreen—. Ahora yo tengo las acciones de esa compañía minera, las de mi tío, naturalmente, pero he tenido que firmarle algunos documentos a fin de que él pueda continuar dirigiendo la empresa, sin trabas legales.

—Comprendo. «Fayson», supongo, proviene de la fusión de dos nombres: Fayne y Mallinson.

—Exactamente. ¿Quiere sentarse?

—Gracias. Ahora le contaré lo que no podía decirle por teléfono. ¿Ha leído los periódicos de la mañana?

—Vagamente. Creo que hubo un tiroteo y dos forajidos resultaron muertos, pero no sé más detalles...

—Uno de los forajidos disparó tres veces contra mí. Luego vinieron otros y se armó la gran batalla. Al final, dos cuerpos quedaron en el suelo.

Los ojos de Doreen se abrieron enormemente.

—¿Habla en serio?

—Esto no es cosa de broma. Sí, señor, dispararon tres veces contra mí. Por fortuna, el primer disparo falló en parte, y eso me permitió eludir los dos restantes.

—¿Falló en parte? ¿Está herido?

—No, pero tenía el jarrón en las manos.

Hubo un instante de silencio. Luego, Doreen rompió a reír.

—Perdóneme, Clay. Me imagino de sobras que se llevó un buen susto, pero no puedo por menos de pensar en usted, con el jarrón en las manos y, de pronto, las manos vacías...

—Sí, visto de esa manera, causa risa, lo admito. Y a mí también

me divierte bastante, una vez pasado el susto. Pero lo cierto es que alguien me está complicando la existencia y que todo ello deriva de la muerte de su tío.

—Usted no tuvo nada que ver con ese crimen...

—Sí, tuve mucho que ver, Doreen.

De nuevo hubo otra pausa. Esta vez la muchacha se había puesto rígida y todo su cuerpo mostraba la tensión de ánimo a la que estaba sometida.

—Clay, no irá a decirme que usted... lo mató.

—No. Cuando entré en el despacho, la noche en que murió, ya estaba muerto.

* * *

Doreen se levantó, fue hacia la mesita y se sirvió una taza de café. Kipton respetó su silencio.

Al cabo de unos momentos, ella pareció recuperarse y se volvió hacia el joven.

—Debo suponer que me ha dicho la verdad, Clay.

—No he omitido un solo detalle, Doreen.

—Según lo cuenta usted, parece que mi tío sospechaba que podía ser asesinado.

—Eso creo yo, porque tenía un revólver sobre la mesa, medio oculto bajo unos papeles.

—Sin embargo, no lo usó.

—Evidentemente, no.

—¿Por qué, Clay?

—Sólo hay una respuesta. No usó el revólver, porque no sospechaba en absoluto de la persona que disparó contra él.

Ella entornó los ojos.

—Eso quiere decir que esperaba a alguien capaz de matarle.

—Probablemente, sí.

—Y Bernard estaba enterado de lo que iba a pasar, y por eso montó la comedia de la hermana enferma. Pero luego lo asesinaron...

—Porque conocía la identidad del verdadero asesino.

—Pero si se puso de acuerdo con él, no lo iba a delatar, Clay.

—Permítame que objete esa hipótesis. Pienso que, pese a todo,

Bernard se dejó sobornar. Ahora bien, después pudo pensar que había recibido poco dinero y quiso más.

—El asesino entonces, calculó que un día, tal vez, no podría seguir pagando a Bernard o que no le convenía darle más dinero. Lo más barato era una bala.

—Exacto, Doreen. Y ahora, como es lógico, sólo falta conocer la identidad del asesino.

—¿Se siente capaz de averiguarlo?

Kipton se frotó la mandíbula.

—Voy a intentarlo. Tengo una pequeña pista... He de visitar a alguien, pero necesito encontrar la hora y el lugar apropiados.

—¿Puedo saber quién es?

—En principio, no tengo inconveniente. Pero antes tengo que hacer una llamada telefónica. O quizá me convenga más hablar personalmente con... mi informador.

Ella le dirigió una mirada recelosa.

—O informadora —dijo.

—Puede —sonrió Kipton.

—La amiga de la infancia, sin duda.

Kipton sonrió, pero no dijo nada y se encaminó hacia la puerta. Doreen agitó una mano.

—Espere, por favor.

El joven se volvió. Ella añadió:

—Usted ha dicho antes que venía a mi casa a fin de estudiar el ambiente para una novela de «suspense» y sexo. Yo he aceptado la mentira y no he dicho nada a Fayne. Espero que ahora sepa corresponderme, diciéndome la verdad.

—La verdad, ¿de qué, Doreen?

—¿Llevó a su amiga a su casa para estudiar prácticamente situaciones eróticas que luego pueda describir en sus libros?

—Usted me ha pedido que le diga la verdad y yo seré sincero. Cuando esa amiga y yo fuimos a mi casa, lo que menos pensábamos era en la literatura. De ninguna clase.

—Pero luego...

—Doreen, dígame, francamente. Después de que a uno le disparan tres tiros, ¿cree que le quedan ganas de corretear detrás de una ninfa, aunque sea en el reducido espacio de una alcoba?

Ella apretó los labios para no echarse de reír.

—Sí, supongo que los disparos obraron el efecto de un poderoso anafrodisíaco —dijo.

—No se lo puede imaginar siquiera —contestó él como despedida.

* * *

Syra le recibió, anudándose el cordón de la bata. Tenía el pelo suelto y había sombras en torno a sus ojos.

—No madrugas demasiado —observó Kipton.

—He pasado una noche infernal. Todo el rato soñando con tipos que me perseguían a tiros y el que no tenía una pistola, empuñaba un cuchillo de carnicero...

—¡Qué poco gusto tenía esa gente! —rió el joven—. Yo te hubiera perseguido sin otras armas que mis manos...

—Déjate de bromas, no está el horno para bollos. Ve a la cocina y prepara café, puro, bien cargado. Voy al baño un momento.

—OK, preciosa.

Kipton hizo lo que le habían indicado. Syra vino más tarde, con mejor aspecto, aunque no se había puesto maquillaje en la cara.

—El café me ha entonado bastante —confesó a los pocos momentos—. Bien, dime ahora... ¿Qué quieres de mí?

—Voy a ver a Turkey. ¿Se llama así realmente?

—No. El nombre verdadero es Phil Lannigan, pero, a veces, creo que él mismo lo ha olvidado. Todo el mundo le llama Turkey.

—Muy bien. ¿Cómo podría verle sin... demasiada compañía?

—Bueno, ya te dije que posee tres locales... y los recorre todas las noches, en compañía de sus guardaespaldas. Cuando termina, alrededor de las dos o las tres de la madrugada, se retira a su casa.

—¿Solo?

Syra hizo un gesto negativo.

—No. A veces se lleva una chica para que le haga compañía. Pero, de todos modos, siempre tiene un tipo en la puerta de su casa. Por dentro, claro.

Kipton reflexionó unos momentos. Luego sonrió y miró a la joven.

—Syra, creo que me has dado la solución para ver a Turkey a solas —dijo.

—Oh, no... Si piensas en mí para engatusarle y que me lleve a su casa y luego te abra la puerta...

—No, no te comprometería por nada del mundo. Pero creo saber que hay otra a la que sí le gustará hacer ese papel.

—¿Quién es, Clay?

—Permíteme que me reserve el nombre por el momento. No desconfío de ti, puedes estar segura de ello. Pero cuanto menos cosas sepas, mejor.

—Sí, desde luego.

Kipton se puso en pie.

—Gracias por todo, Syra.

Ella sonrió.

—¿Te vas ya? No tienes prisa, me parece. Hasta la noche, de todos modos, no hablarás con Turkey...

Kipton vaciló un instante. Luego dijo:

—Aguarda, por favor.

Se acercó a la ventana y, prudentemente, separó un poco las cortinas, para mirar a la calle.

—Esta mañana me espiaba uno de los gorilas de Turkey —dijo, vuelto de espaldas a la joven—. Pude despistarle, pero, para sentirme tranquilo, quiero estar seguro de que no saben que estoy en tu casa.

Exploró la calle, pero no vio nada sospechoso y se volvió al cabo de unos momentos. Entonces, se sobresaltó.

Syra había dejado caer la bata y estaba frente a él, sin otras prendas que unas zapatillas de noche, de satén negro y tacón alto. En su sonrisa había una llamada que él no podía desatender.

—Te diré una cosa, Clay. Los muchachos me perseguían y yo los eludía siempre... pero hubo uno que no me persiguió jamás y yo habría deseado que lo hubiera hecho... porque habría sido el único capaz de alcanzarme. ¿Lo entiendes ahora?

Kipton avanzó hacia la joven.

—La persecución ha durado unos cuantos años, pero, al fin, ha terminado —dijo.

CAPÍTULO VII

Tengo que preguntarle algo, Doreen —manifestó Kipton por la tarde y a través de un teléfono público—. ¿Tiene en su casa un vestido de colores muy vivos y falda muy corta?

Ella se asombró de lo que le preguntaba el joven.

—Sí, creo que tengo uno... aunque no lo uso. Me lo puse una sola vez y me di cuenta de que no me sentaba bien. Parecía una... una...

—Debía de parecer exactamente lo que quiero que parezca esta noche, sobre todo si carga la mano en el maquillaje.

—Pero, Clay, ¿qué es lo que pretende usted?

—Tiene que conquistar a un hombre y conseguir que la lleve a su casa.

—Clay, de todas las cosas que podía esperar que me dijera, ésta es la última y más desvergonzada. ¿Acaso le gusta el papel de alcahuete? Ah, pero ya sé lo que pretende: estudiar situaciones para su próxima novela, ¿verdad?

Kipton estuvo a punto de contestar con una palabrota, pero logró contenerse.

—Escuche, Doreen; yo habría podido pedírselo a otra persona, pero resulta que el hombre ya la conoce y podría sospechar de ella. Tiene que ser una mujer que le resulte desconocida. Y atractiva, por supuesto.

—Ha... habrá algún riesgo, me imagino.

—Si lo hace bien, no. Además, yo estaré cerca. Precisamente quiero que conquiste a ese fulano, para que pueda abrirme la puerta de su casa.

—Sí, claro, después de que lo haya dormido... como Judith hizo con Holofernes, ¿verdad?

—Tengo un plan, pero necesito verla antes... Mire, dentro de un rato, pasaré junto a la verja de su jardín. Salga usted a arreglar las rosas. Cuando me vea, se acerca y me dice algún reproche, como si yo fuese un perverso mirón o algo por el estilo. Dejaré caer un papel de instrucciones, ¿comprende? Luego volveré a mi casa. Si a pesar de todo, no lo quiere hacer, me lo dice por teléfono: ya buscaré el momento apropiado para ver a ese tipo.

—Pero, Clay, ¿quién es ese misterioso sujeto y por qué hemos de recurrir a unos procedimientos tan folletinescos? ¿Es que no puede ir, sencillamente, a su casa y hablar con él como hablan las demás personas?

—Debe ser una conversación a solas y sin que él cuente con la protección de sus gorilas. De otro modo, la entrevista no serviría para nada.

—Muy bien. Traiga esas instrucciones... y ya me lo pensaré. No se enfade si le digo que no, ¿eh?

—De acuerdo. Y gracias, Doreen.

—Debo de estar loca —se enojó la muchacha—. Desempeñar el papel de furcia, sólo porque me lo pide un tipo repugnante, dedicado a excitar las más bajas pasiones de la gente...

—Hombre, es un párrafo muy bonito. Me lo apuntaré para mi próxima novela —dijo él, con toda desenvoltura.

* * *

Realmente, Doreen estaba muy atractiva con aquel vestido de color rojo fuego, adornado con volantes del mismo color y cuya falda quedaba a un palmo de sus bien torneadas rodillas. El vestido carecía prácticamente de espalda y el escote llegaba casi hasta el estómago. Kipton comprendió por qué la muchacha no se lo había puesto más que una sola vez.

Los zapatos que llevaba puestos tenían tacones de diez centímetros. En sus labios había una espesa capa de pintura de color rojo oscuro. En los ojos había un denso maquillaje y el pelo parecía peinado descuidadamente, pero, en realidad, era una obra de arte. La peluca, rubia, cambiaba su aspecto de una forma radical.

A la una y media de la madrugada, Doreen estaba sentada a una mesa del «Labyrinth», con un cigarrillo en los labios, fumando con

aire displicente. Kipton la observaba desde un lugar discreto y se dijo que la joven desempeñaba magníficamente su papel.

Un hombre se acercó a ella y le dijo algo. Doreen contestó con una seca negativa.

Pasaron algunos minutos. Un tipo, que llevaba un parche blanco en un lado de la cara, se aproximó a la muchacha. Ella le miró con indiferencia, pero se levantó a los pocos momentos y se fue con el sujeto.

—Como estaba vuelto de espaldas, no pudo ver a la persona que le atizó con un jarrón —dijo Kipton para sí, rebosante de júbilo, porque su treta parecía iba a tener el éxito deseado. Botty Lemson no podía imaginarse siquiera que la muchacha era el cebo que él había puesto para que su jefe cayera en la trampa.

Abandonó el local. Un cuarto de hora más tarde, vio salir a Doreen, acompañada de un individuo. Otro le seguía a pocos pasos, portador de una abultada cartera de mano.

Kipton no había visto nunca a Turkey, pero se imaginó que era el hombre que estaba junto a Doreen. Ella abrió su bolso, sacó algo, se lo ofreció a Turkey y éste rechazó con un gesto.

—Engordarás como una ballena si sigues atiborrándote de bombones —dijo Turkey.

Ella se encogió de hombros.

—Todavía soy joven —contesto, se volvió hacia el gorila—. ¿Quieres tú uno?

—Bueno —aceptó el sujeto con una sonrisa.

Kipton también sonrió, oculto entre las sombras. Cuando vio que el trío se alejaba en un coche, conducido por el portador de la cartera, corrió a su automóvil.

Un cuarto de hora más tarde, Turkey, Doreen y el guardaespaldas entraron en una casa de discreta apariencia externa. Al cruzar el umbral, ella volvió a abrir su bolso.

—¿Otro bomboncito, chico?

El sujeto hizo un gesto con la cabeza.

—Me vas a pervertir, nena —contestó, a la vez que alargaba la mano.

—Vamos, ven por aquí —dijo Turkey ásperamente—. No estamos aquí para perder el tiempo.

—Bueno, hombre, bueno... A fin de cuentas, tenemos toda la

noche por delante, ¿no?

Turkey se hizo cargo de la cartera. El otro quedó en la puerta, sentado en un butacón, con una revista gráfica de aventuras en las manos. Bostezó un poco y sacó un cigarrillo, que encendió a continuación.

Turkey señaló una puerta.

—Ahí tienes el baño —dijo—. Voy a traer bebida.

—Champaña, encanto —pidió ella.

—Eres refinada, muñeca.

—No lo sabes bien, amor.

Turkey se alejó del enorme dormitorio. Doreen entró en el baño, simuló arreglarse un poco y salió un minuto más tarde.

El dormitorio tenía otra puerta, por la que había salido Turkey. Doreen corrió hacia la que daba al vestíbulo y sonrió.

—El segundo bombón ha sido la puntilla —dijo, al ver al guardaespaldas dormido como un tronco.

Silenciosamente, corrió hacia la puerta de entrada y la dejó entreabierta. Luego regresó al dormitorio y se sentó en el borde de la cama, cruzando las piernas para simular que se soltaba las presillas del portaligas.

Turkey vino momentos después, con una botella abierta y dos copas en las manos.

—Tienes unos remos preciosos —observó.

—Lo malo es que no vas a poder seguir admirándola durante mucho tiempo —sonó de pronto una voz en el umbral del dormitorio.

* * *

Turkey se volvió, terriblemente sobresaltado. Apoyado en una de las jambas de la puerta, con los brazos cruzados, había un hombre al que no conocía.

Kipton, a su vez, contempló al sujeto. Meneó la cabeza. A juzgar por lo que había escuchado, había llegado a creer que Turkey sería un hombre de aspecto imponente, alto, fornido, con mandíbula de *bull-dog*

. En realidad, era un tipo canijo, delgado, de rostro chupado, aunque había en sus ojos continuos destellos de inteligente maldad.

—¿Qué diablos hace usted aquí? —preguntó ásperamente.

—He venido a hablar con usted —respondió el joven—. Por si no lo sabe, y parece que no, me llamo Clay Kipton. ¿No le recuerda nada mi nombre?

—¡Kipton! —exclamó Turkey. Apretó los labios, y de pronto se dirigió hacia la puerta—. No sé cómo ha conseguido entrar en mi casa, pero sí sé cómo va a salir —Abrió y llamó—: ¡Sherwell!

—Es inútil —dijo el joven, sin abandonar su postura—. Sherwell ha comido dos bombones, que contenían sendas dosis de narcóticos. Dormirá hasta bien entrada la mañana, créame.

Turkey lanzó otra maldición y se volvió hacia la muchacha.

—Has sido tú...

—Me pagaron bien —contestó ella con fingida indiferencia.

—Esto te costará caro. Cuando vuelva a verte, haré que le rajen la cara y no te reconocerá ni tu padre —bramó el sujeto.

—Poco a poco. Antes de amenazar con algo que no sabe siquiera si podrá llevar a cabo, será mejor que hablemos —intervino Kipton.

—Usted y yo no tenemos nada de qué hablar.

—Te equivocas, enano.

De pronto, Kipton agarró a Turkey por un hombro y lo hizo dar una vuelta completa sobre sí mismo. Luego disparó los dos puños sucesivamente y el hombrecillo salió disparado hacia atrás. Chocó con las corvas contra la cama y cayó de espaldas, con los pies por alto.

Kipton se arrojó sobre él, antes de que pudiera recuperarse, y, sujetándole ahora por la pechera, le asestó varias terribles bofetadas, de palma y de revés. Turkey quedó tendido en el lecho, gimiendo sordamente, incapaz de reaccionar.

—Eres terrible, Clay —observó la muchacha.

—Este tipo quiso matarme, por un asunto en el que yo no tenía arte ni parte —contestó Kipton, mientras se pasaba una mano por los revueltos cabellos—. Perdona, pero era un pequeño desahogo que me había prometido a mí mismo.

—Muy bien. Por mí, no hay inconveniente. Si quiere seguir...

—Gracias. Creo que ya tengo más que suficiente. A menos que este tipo se niegue a hablar. ¿Quieres traer un poco de agua?

—Tengo algo mucho mejor —sonrió la muchacha.

Agarró la botella de champaña y vertió su contenido sobre el

rostro de Turkey. El sujeto gritó, tosió espasmódicamente y acabó por sentarse en el lecho.

—Maldita sea... ¿Por qué me ha pegado de esa manera?

Kipton volvió a agarrarle por la camisa.

—Dos de sus gorilas vinieron a buscarme para obligarme a matar a Mallinson. Lo hicieron por orden suya y no lo niegue, porque yo no soy policía y no me hacen falta pruebas para saber que he dicho la verdad. Ahora contésteme. ¿Por qué tenía que asesinar a Mallinson?

Turkey vaciló un momento. Luego sacó un pañuelo y a lo pasó por el rostro mojado de champaña.

—Me estafó trescientos mil dólares. Cuando le reclamé la deuda, se negó a pagarme. Dijo que no tenía fondos... Le di un plazo para reunir el dinero, pero todo fue inútil. Entonces pensé que tenía que darle un escarmiento.

—Un escarmiento definitivo, claro.

—Nunca he permitido que nadie se burle de mí —rezongó Turkey—. Y Mallinson se burló. Ahora el que se ríe soy yo, estoy vivo y él en el infierno.

Aquellas respuestas tenían lógica, en cierto modo, pensó Kipton. Pero había algo que no resultaba fácilmente comprensible.

—¿Por qué tuvo que recurrir a un procedimiento tan complicado, en lugar de enviar, simplemente, a sus matones?

—Aquellos idiotas se equivocaron de hombre.

—Eso ya lo sé. Pero ¿por qué tenían que elegir a Charlie Barstow?

—Me debía un favor.

—Y usted quiso cobrárselo, convirtiéndolo en un asesino.

—¿Acaso cree que es el primer tipo al que liquida?

Kipton parpadeó.

—Parecía un sujeto medio tonto...

—No se fíe de él. Pero yo soy más listo que Charlie, de todos modos.

—Sus gorilas no lo fueron. Oiga, ¿en qué consistió la estafa? ¿Cómo le sacó Mallinson los trescientos mil «pavos»?

—Compré acciones de la «Fayson» —masculló Turkey indignadamente—. Resultaron ser unos papeles sin valor, muy bonitos, si acaso, para decorar las paredes de una casa. Pero no

valían ni la tinta que se gastó en imprimirlos.

—Usted, por lo visto, sobornó al mayordomo. ¿Le costó mucho?

—No, un par de miles. Resultó fácil.

—Y luego hizo que lo liquidaran...

—¿Yo? No tuve nada que ver con la muerte de Bernard. Verá, conseguir que se pusiera de mi parte resultó ridículamente sencillo. No sé si se lo creerá o no, y yo mismo no he conseguido explicármelo satisfactoriamente, pero es tal como se lo digo. Sin embargo, insisto, yo no hice que lo matasen. En el peor de los casos, Bernard no habría podido hacerme nada... ¿Quién iba a creerle si decía que yo le había sobornado por dos mil miserables dólares, después de casi veinte años de servicios a Mallinson?

Kipton se sintió profundamente desconcertado. La respuesta de Turkey no sólo parecía sincera, sino llena de una lógica aplastante. Después de unos instantes de reflexión, volvió a hablar:

—Sin embargo, usted envió a sus gorilas para que me trajeran a su presencia. ¿Por qué?

—Quería hablar con usted. Luego pensé que no era necesario.

—Y contrató a un matón para que me liquidase...

—¡No, no! —protestó Turkey vivamente—. Eso no es cierto en absoluto. Nunca he pensado en matarle a usted. ¿Qué beneficio obtendría de su muerte? ¿Recuperaría acaso los trescientos mil dólares que me estafó Mallinson?

CAPÍTULO VIII

Sobrevino una larga pausa de silencio. En aquellos momentos, pensó Kipton, Turkey estaba diciendo la verdad.

—Pero alguien acribilló a balazos al tipo que quiso matarme —dijo al cabo.

—He llegado a averiguar que hay alguien que trata de quitarle de en medio. Sin embargo, no sé todavía su nombre. Mis muchachos vigilaban su casa y cuando vieron que el tipo quería matarle, decidieron actuar contra él. Uno de los chicos murió... Era un buen tipo, créame.

—Vaya, todavía tendré que agradecerle estar vivo —contestó Kipton cáusticamente.

Turkey le apuntó con el índice.

—Escúcheme bien. Por esta vez dejaré que todo siga como hasta ahora. Pero le haré una advertencia: no vuelva a cruzarse en mi camino o le pesará, se lo aseguro. Y si alguien intenta enviarle al infierno, no moveré un dedo para evitar que le llenen las tripas de plomo. ¿Está claro?

—Sí, le he oído.

—En cuanto a esa zorra... ¿De dónde diablos la ha sacado usted? Supo engatusarme bien...

Kipton se echó a reír.

—Es mi fulana —repuso—. Hace todo lo que yo le mando, incluso dar bombones narcotizados a gorilas idiotas.

Doreen abrió la boca para protestar, pero el joven hizo un gesto con la mano, ordenándole guardar silencio.

—Nos vamos, Turkey. Si de verdad quiso salvarme la vida, le doy las gracias. Pero no le haga nada a mi chica. Tómesele con filosofía; es lo mejor.

La cartera estaba sobre una silla y la abrió, vaciando su contenido en el suelo. Una enorme cantidad de billetes se desparramó sobre la alfombra.

—Los negocios se dan bien, ¿eh?

Cuando salieron de la casa, el guardaespaldas continuaba profundamente dormido. Doreen se acomodó en el asiento delantero del coche y aguardó a que Kipton lo pusiera en marcha.

—Podías haberle dicho otra cosa de mí y no que soy tu fulana —dijo indignadamente—. Incluso podías haberme presentado como tu esposa...

—Con el aspecto que tienes, ¿crees que puedes pasar como una esposa cariñosa y amante del hogar? Además es mejor que Turkey siga creyendo que eres... eso. Le diste otro nombre, ¿verdad?

—Sí, Jenny Johnson...

—Y estás completamente cambiada. ¿Qué crees que pensaría si ahora supiera que eres la sobrina de Mallinson?

—Tienes razón —admitió ella humildemente—. Pero... me cuesta tanto creer que mi tío fuese un estafador...

—Bueno, quizá sólo es un calificativo que le aplica Turkey. Naturalmente, tiene que sentirse furioso sabiendo que ha perdido trescientos mil dólares y que no los va a recuperar. A cualquiera le habría pasado lo mismo; sin embargo, yo pienso que tal vez fue un negocio que fracasó. Tu tío creyó que la mina iba a resultar productiva y se equivocó. Naturalmente, las acciones perdieron todo su valor. Eso suele ocurrir a veces y al que ha dirigido el negocio y fracasa, se le llama estafador, aunque haya obrado de buena fe.

—Puede que sea como dices, en efecto. Pero... Bernard, después de tantos años, dejarse sobornar solamente por dos mil dólares...

—Sí, resulta realmente extraño. Tanto tiempo con tu tío y luego, de pronto, sucumbe a la tentación de dos mil dólares. ¿Sabes qué sueldo tenía?

—Seiscientos, más comida y alojamiento.

Kipton entornó los ojos.

—Seiscientos dólares mensuales, sin apenas gastos, dan mucho de sí aunque sólo sea en pocos años. Y Bernard estuvo casi veinte con tu tío. Claro que hace veinte años cobraría mucho menos, pero si suponemos un promedio de trescientos dólares mensuales

ahorrados, ¿te imaginas a cuánto asciende la cifra?

—Dímelo, Clay —pidió ella.

—Unos setenta mil dólares. Un moderado interés bancario anual de, digamos, un diez por ciento podrían rentarle siete mil, o sea más de quinientos al mes. ¡Caramba, entre el sueldo y la renta, salía por mil cien mensuales! Y eso sin gastar en comida ni en alojamiento... Dejarse sobornar por dos mil dólares sería ridículo, ¿no?

—Pero fue así y eso es lo que no entendemos. ¿Podremos averiguarlo algún día?

—Quizá, Doreen.

—¿Cuándo?

—Cuando encontremos al asesino de Bernard y podamos preguntarle por qué lo mato.

—Si fue un profesional, no lo dirá, Clay.

—Pero tal vez nos diga quién le pagó y por ahí tendremos el cabo que nos permitirá llegar al ovillo.

—Quisiera ser tan optimista como tú —suspiró ella—. De todos modos, tengo que darte las gracias por ayudarme. Estás corriendo riesgos por mi causa y eso es algo que nunca olvidaré.

—Bah, no merece la pena. A lo mejor acabo obteniendo un buen argumento para una de mis novelas.

—La sazonarás con abundante sexo, supongo.

—El sexo es la sal de la vida, nena —rió él. De pronto, se puso serio y lanzó una exclamación—. ¡Ya lo tengo!

—¿Qué tienes, Clay?

—Un proyecto de solución. Tengo que encontrar a Charlie Barstow. Ya sabes quién es, ¿verdad?

—Sí, aunque no le conozco...

—Era el hombre que debía haber asesinado a su tío. Lo malo es que le aconsejé que abandonase la ciudad.

—Entonces, no podrás encontrarlo.

—¿Quién sabe? Me dio la impresión de que Barstow no estaba muy inclinado a seguir mi consejo, aunque sí escapó de su casa a todo correr. Los tipos como él son «ciudadictos» perdidos.

—Querrás decir ciudadanos.

—No, adictos a la ciudad en donde viven y en donde se ganan la vida, nada honradamente, por supuesto. Se habrá escondido, aunque tal vez haya una persona que pueda decirme algo sobre el

particular.

—¿La conozco yo, Clay?

—Mi amiga de la infancia —sonrió él.

—Debes apreciarla mucho —dijo Doreen con un leve tono de despecho en la voz.

—Aprecio más los recuerdos de la infancia y la adolescencia —contestó Kipton melancólicamente—. Aunque hemos vuelto a encontrarnos accidentalmente y nos veremos en más de una ocasión, no seguiremos nunca el mismo camino.

Calló un momento y luego volvió a sonreír.

—Estamos llegando a tu casa, Jenny Johnson —dijo.

—Todavía me quedan algunos bombones —rió ella—. ¿Quieres uno?

—Démelo. Me lo tomaré al llegar a casa. Si tiene narcótico, me hará dormir apaciblemente y lo estoy necesitando.

—Ha sido una noche un poco movida, ¿verdad?

Kipton asintió, pensando en que los días que iban a seguir no lo serían menos. Había un asesino suelto que deseaba su muerte, y debería moverse con los ojos muy abiertos si quería seguir adelante con un asunto que había llegado a apasionarle. No era precisamente un héroe, pero tampoco pensaba dejarse avasallar.

—Pero hemos obtenido ciertos resultados —contestó al cabo.

Y luego se dijo que una de las primeras cosas que debía hacer era localizar, o al menos tratar de localizar, al hombre en cuyo lugar había hecho él un viaje en un «Rolls».

También tendría que averiguar quién era el hombre que le había disparado tres tiros, rompiéndole el tercer jarrón. Estaba muerto, pero alguien sabría datos suyos.

* * *

Puesto que no sabía a quién recurrir, decidió visitar de nuevo a Syra. La joven le recibió con vivas muestras de alegría.

—No esperaba volver a verte —declaró—. ¿Quieres una copa?

—Gracias, no me apetece nada ahora —rechazó él la invitación—. He venido a hacerte unas cuantas preguntas, si no te importa.

—Todo lo que tú quieras... si lo sé, Clay. Anda, siéntate.

Kipton se acomodó en el diván y ella lo hizo enfrente, cruzando

las piernas para mostrarle sus encantos. Kipton sonrió.

—Eres verdaderamente muy atractiva —dijo—. ¿No has sentido deseos de casarte de nuevo?

Syra hizo un gesto de indiferencia.

—Un fracaso en el matrimonio la vuelve a una muy escéptica —contestó.

—O temerosa de un segundo fracaso.

—Puede ser. Pero tú no has venido aquí a hablar de mis problemas sentimentales.

—No, desde luego. En primer lugar, ¿quieres decirme si conoces o al menos has oído hablar de un tipo llamado Charlie Barstow?

—Un perfecto canalla —respondió Syra instantáneamente—. Clay, buen amigo, mantente alejado de ese tipo lo más que puedas. Su compañía no tiene nada de recomendable.

—Lo sé, pero lo que me interesa es su dirección.

—No puedo dártela. Yo no me relaciono con tipos como Charlie. Sin embargo... —Ella meditó unos instantes y añadió—: ¿Por qué no hablas con Bess Laine?

—¿Quién es esa mujer?

—Su fulana. Yo la conozco superficialmente; apenas hemos cambiado una docena de palabras, pero la he visto muchas veces con Charlie.

—Ah, entonces, conoces a Charlie...

Syra puso cara de amargura.

—En este ambiente se conoce a mucha gente y, la mayoría, son tipos con problemas con la ley y con sus semejantes —contestó.

Kipton hizo un gesto de pesar.

—Lo siento, Syra, ¿no te has planteado nunca abandonar esta vida? No puedes seguir así eternamente; has pasado ya de los treinta años y eres muy hermosa, pero un día...

—Sí, ya sé lo que vas a decirme: un día mis encantos se marchitarán y me convertiré en un despojo humano. Pero ¿qué puedo hacer? ¿Volver a Huttle? ¿Qué porvenir tendría en aquel miserable pueblo?

—Estuve de vacaciones hace algunas semanas. Huttle será muy pequeño, pero es muy próspero y la madera le da mucha actividad. Hablé con el viejo Mitchell Vance, el dueño de la taberna de la calle Red River. Está empezando a pensar en el retiro y sólo trata de

conseguir una buena oferta por su negocio. Podría resultar interesante para ti, Syra.

—Estás tratando de decirme que sería mucho mejor que despachase bebidas a los leñadores —sonrió ella.

—El negocio de Vance marchó siempre muy bien. Yo podría hacerte un préstamo a largo plazo... pero, en fin, eso es cosa tuya. Huttle es muy sano y no tiene la atmósfera tan contaminada de esta ciudad... Bueno, no quiero seguir haciéndote un discurso... Si te decides a seguir mi consejo, hablaríamos de ese préstamo. ¿Sabes dónde vive Bess Laine?

—No, pero te indicaré dónde puedes encontrarla, casi con toda seguridad. Bess suele acudir la mayoría de las noches al «Crazy Goose». Está en la Veintidós, al final.

—¿Cómo la reconoceré? No me gustaría ir preguntando...

—Es más bien bajita y delgada, y tiene el pelo negro, muy largo. Quizá trata de compensar su falta de estatura con una buena melena —sonrió Syra.

—Está bien. Gracias por todo... y no te olvides de lo que te he dicho.

—Me lo pensaré, Clay.

Kipton se puso en pie. Ella le acompañó hasta la puerta.

—No te quedas —sonrió.

El joven se inclinó para besarla en una mejilla.

—Tal vez venga otro día, Syra —se despidió.

CAPÍTULO IX

En el «Crazy Goose» no había ninguna mujer con el pelo negro y muy largo. Kipton dejó transcurrir una hora, sentado a una mesa, y al fin llegó a la conclusión de que Bess Laine no acudiría aquella noche a su lugar favorito de diversión.

Cuando se aburrió lo suficiente, puso un billete sobre la mesa y se acercó al mostrador. Un sujeto de ojos vacuos y sonrisa fatigada le miró críticamente.

—¿Sí?

Kipton sacó un billete de cinco dólares.

—Póngame una copa y quédese con la vuelta —dijo.

El hombre asintió. Sirvió la bebida y luego dijo.

—A cambio, ¿de qué, amigo?

—Verá... Tengo una prima en la ciudad y sé que suele venir aquí con frecuencia, pero hoy no ha acudido... ¿No podría usted indicarme su casa?

—¿Cómo se llama su... «prima»?

—Bess Laine.

—Tiene un apartamento en esta misma calle, cuatro manzanas más abajo. Creo que es el número novecientos cincuenta y dos, pero no me pregunte más.

—Es suficiente. Gracias.

—Tenga cuidado con el fulano de su prima. Es un tipo de muy malas pulgas.

Kipton pensó en Barstow y se dijo que la fama del sujeto era totalmente inmerecida. A juzgar por lo visto cuando Lemson y Clarke quisieron llevárselo, más parecía un inofensivo gorriónillo que un hombre capaz de dar un disgusto al más valiente.

Claro que también podía suceder que Barstow fuese de la clase

de hombres aficionados a atacar sin dar la cara. Lo tendría en cuenta, se dijo, mientras agradecía el consejo del «barman» con una inclinación de cabeza.

Encontró sin dificultad la casa de Bess y, en el vestíbulo, vio su nombre en el casillero. Bess vivía en el segundo piso y no se molestó en utilizar el ascensor.

Momentos después, llamaba a la puerta. Alguien gimió en su interior.

Kipton se alarmó. Abrió de golpe y presenció un espectáculo singular.

Bess estaba tirada en el suelo, semidesnuda, encogida sobre sí misma con la cara oculta por las manos. En su espalda, Kipton pudo ver las cárdenas señales de unos golpes, propinados sin duda con un cinturón de cuero.

Después de entrar, cerró la puerta y se inclinó sobre la mujer.

—Bess...

Ella lanzó un grito de terror.

—No, no me peguen más... Ya les he dicho todo lo que sé...

Kipton se aterró. Aquella desdichada había sufrido una brutal paliza. Alguien la había golpeado hasta la saciedad, aunque no se imaginaba quién podía haber cometido semejante acto de salvajismo.

—Soy amigo —dijo—. No quiero hacerle daño, Bess...

De pronto, se inclinó hacia ella y la levantó en brazos. Divisó una cama, a través de una puerta abierta y la llevó hasta allí.

Ella descubrió su rostro un instante.

—¿Quién es usted? —preguntó trabajosamente, a través de los labios agrietados y tumefactos—. ¿Por qué está en mi casa?

Kipton se sintió espantado al ver aquellas facciones. Bess apenas si podía ver a través de los ojos. Tenía un corte en una ceja y los pómulos aparecían con señales de crueles golpes. Pero era evidente que el autor de los daños había golpeado con precaución, evitando fracturas de huesos que podrían haberle puesto más adelante en un compromiso. Bess curaría sin dificultades, aunque era evidente que no había pasado un buen rato.

—Voy a ver si encuentro elementos de cura en el baño. ¿Tiene licor en la casa?

—En la cocina... Hay café caliente...

—Muy bien. Quédese tranquila, Bess.

Kipton puso unas gotas de *whisky* en una taza de café y se la trajo. Mientras ella bebía, fue al baño y buscó desinfectantes y algodón.

Sentado en la cama, procuró curar las heridas de Bess lo mejor posible. Ella, al cabo de un rato, pareció reponerse ligeramente.

—No le conozco a usted...

—Eso no importa ahora —sonrió el joven—. Una buena amiga me dio su dirección. Necesito hablar con Charlie.

—¿Para qué?

—¿Sabe usted dónde está?

Bess vaciló.

—Los otros me pegaron como fieras. ¿Cómo puedo saber yo que usted no recurre a otros procedimientos para sacarme las respuestas?

—Bess, ¿quiénes eran los otros? Los que le pegaron vamos.

—A uno de ellos no lo conocía, nunca lo había visto. El grandullón era Rassel. «El Manazas». Ése fue el que me atizó... pero lo hizo en cierto modo con suavidad. Podría matar a una persona de un puñetazo, ¿sabe? Lo único que quería era hacerme daño, para que le contestase al fin.

—Y usted les dijo dónde está Charlie.

—Tuve que hacerlo. Ya no podía soportar más los dolores...

—Bess, ¿cuánto tiempo hace que se marcharon esos tipos?

—Usted llegó apenas cinco minutos más tarde.

Kipton hizo una mueca. En aquellos momentos no daba un centavo por la vida de Barstow. Claro que quizá los otros sólo querían hablar con él y le torturarían para sacarle informes... ¿Qué clase de informes?

—Bess, dígame cómo son esos tipos —pidió.

—Bueno, Rassel es muy grande y pesado. Lleva la cabeza casi afeitada; el pelo es rubio, casi blanco aunque no es tan viejo como para tener canas... El otro es de mediana estatura, delgado; mira de una forma que parece un demonio, a pesar de que usa lentes...

—Ah, usa lentes.

—Sí, con montura de acero. Parece un oficinista, pero tengo la impresión de que sería capaz de matar a cualquiera sin pestañear.

—Muy bien, Bess. Ahora, por favor, dígame dónde está Barstow.

Ella vaciló un poco. Kipton insistió:

—Seguramente Charlie le contó su encuentro con Lemson y Clarke. Le diría también que un tipo le ayudó, rompiendo un jarrón en la cabeza de Lemson. Yo era ese hombre, Bess.

—¿Usted? Charlie dijo que gracias a ello había podido escapar...

—Le aconsejé que se fuera de la ciudad, pero no me hizo el menor caso.

—Sí, me lo contó y yo se lo dije también... Ahora tiene un apartamento en la calle Elm, en el mil trescientos once. Apartamento S F.

Kipton se puso en pie.

—Gracias, Bess. Haré lo que pueda por Charlie.

—¡Dígale, si todavía está con vida, que se vaya de una maldita vez de esta ciudad! —gritó la mujer, cuando él ya salía por la puerta.

«Si todavía está con vida», pensó Kipton, mientras descendía las escaleras a saltos.

Y luego se preguntó por qué diablos se metía él en unos asuntos en donde podía dejarse el pellejo. Pero no tardó en encontrar la respuesta y sonrió para sí.

«Estás enamorado de Doreen y quieres desempeñar el papel de héroe ante ella, para que un día caiga rendida en tus brazos...».

Tal vez lo único que conseguiría sería una sepultura en el camposanto y un ramo de flores por parte de Doreen. Y, a los pocos días, ella se habría olvidado de él...

Pero no le agradaba la idea de quedarse en casa, cruzado de brazos, esperando a que se produjeran los acontecimientos. Era él quien debía adelantarse a los acontecimientos, producidos, en todo caso. «Cada hombre debe tener el destino que él mismo se forja y no el que le forjan los demás», filosofó, mientras subía al coche para dirigirse al lugar donde residía Barstow.

* * *

Cuando llegó, un hombre salía a todo correr de la casa y tropezó con él. Kipton estuvo a punto de caer, pero logró mantener el equilibrio, agarrándose al sujeto.

—Vaya, pero si es mi buen amigo Ringo Clarke —exclamó

jovialmente.

—Suélteme, tengo prisa —gruñó el hampón.

Kipton le vio mortalmente pálido.

—Ringo, parece como si hubieras visto un fantasma.

—No... no me encuentro bien... La cena me ha hecho daño...

Hubo un instante de silencio. Había pánico en los ojos de Clarke.

—No, no has visto un fantasma, sino un cadáver —adivinó.

Clarke asintió.

—Yo no lo he hecho. Ya estaba muerto cuando llegué —protestó el sujeto—. Más muerto que mi abuela —insistió.

—¿A tiros?

—Lo estrangularon.

Kipton inspiró con fuerza.

—Una forma muy poco agradable de morir —dijo—. Ringo, ¿para qué le buscabas?

—El jefe quería hablar con él...

—¿Turkey?

—Sí. Creo que Charlie había estado mezclado en el asunto de la estafa que le hizo Mallinson... pero no me pregunte más, porque no lo sé. Oiga, ¿por qué no habla usted con Turkey?

—Quizá a él no le guste verme, después de lo que le hice la pasada noche, pero, sí, es una buena idea. Ringo, ¿conoces tú a un tipo llamado Rassel, alias «El Manazas»?

—Desde luego. No es santo de mi devoción. No me gustan los tipos que disfrutan oyendo el ruido que hacen los huesos cuando se rompen.

—Supongo que ésa debe de ser la principal diversión de Rassel —sonrió Kipton—. ¿Qué me dices de un tipo que usa lentes con cerco de acero y que parece un escribiente?

—Ah, es Trevor Hitts. Seguramente fue el que estranguló a Charlie, mientras Rassel se ocupaba de sujetarle...

—Vaya una pareja —murmuró el joven—. Bueno, puesto que no podemos hablar con el pobre Charlie, lo haremos con Turkey. ¿Me acompañas?

—Sí, señor —contestó Clarke con insospechada mansedumbre.

—Lo único que yo quería era recuperar mi dinero —vociferó Turkey, como plenamente fuera de sí—. ¿Acaso se piensa usted que me paso el día ordenando matar a las personas?

—A juzgar por lo que pude apreciar personalmente, eso es lo que parece —contestó Kipton sin amilanarse por el tono hostil de su interlocutor—. Y no estoy seguro de que no haya ordenado liquidar a Barstow...

—¿Para qué iba a comprometerme con ese granuja? Era un pobre diablo.

—Algunos dicen que tenía más de una muerte sobre su conciencia.

—¡Bah, pura fanfarronería! Lo decía él mismo, para asustar a la gente. Simulaba tener un genio de mil demonios, pero, en el fondo, era un infeliz. Claro que eso impresionaba mucho a la gente que no le conocía y así le trataban con mucho respeto.

Kipton pensó que, posiblemente, Turkey tenía razón. Barstow se habría portado de forma muy diferente el día en que Clarke y Lemson querían llevárselo. El aspecto de Barstow en aquellos momentos era el de un pajarillo asustado, más bien que el de un hombre capaz de llevarse por delante al más pintado.

—En resumidas cuentas, ¿por qué quería hablar con Charlie? —preguntó.

—Maldita sea... —Turkey lanzó una sonora interjección—. Se lo diré de una vez. Charlie era un genio de los números. Trabajó hace años en una oficina de contables jurados, y falseó una auditoría. Le descubrieron y lo echaron a la calle.

—Y eso, supongo, tiene algo que ver con las acciones de la «Fayson».

—Tiene mucho que ver... Pero ya no podrá decirme nada. Lo comprende, ¿verdad?

Kipton pensó que no se imaginaba a Mallinson mezclado con un sujeto como Barstow. Aunque, se dijo, en este mundo, todo era posible.

Cosas peores se habían visto. Si Mallinson había querido cometer una estafa, no iba a buscar cómplices entre gentes honradas.

—Está bien, gracias, Turkey.

El joven se dispuso a abandonar el despacho. Turkey le llamó:

—¡Espere un momento! ¿Por qué tiene tanto interés en este asunto?

—Hombre —sonrió Kipton—. Recuerde usted mismo. Fueron a buscarme, con un «Rolls» a la puerta. Pero cuando llegué, Mallinson estaba muerto.

—Si usted no lo hizo, lo demás no debe importarle.

Kipton sonrió enigmáticamente.

—No puedo seguir hablando —contestó.

Naturalmente, no quería mencionar el nombre de Doreen. Eso era algo que no le importaba a Turkey en absoluto.

De pronto, recordó algo.

—Perdone, pero ahora yo quiero hacerle una pregunta.

—¿Sí?

—El tipo que me disparó por tres veces... ¿Sabe usted quién era?

—Se llamaba Freddie Gaunder. Pudo leerlo en los periódicos.

—Sí, pero usted, sin duda, conoce detalles suyos. Vamos, Turkey, no me diga que ignora cosas que no se han publicado en la prensa.

—Era tipo independiente. Se contrataba con el que mejor le pagaba. No formaba parte de ninguna organización, si es eso lo que quería saber.

—Más me hubiese gustado saber el nombre de la persona que le pagó por quitarme de en medio. Bien, veré de averiguarlo como sea. Adiós, Turkey.

—No vuelva más por aquí —gruñó el sujeto.

—Lo veo difícil —sonrió Kipton.

CAPÍTULO X

Llegó a su casa bastante cansado, pensando con delicia en un relajante baño antes de meterse en la cama. Metió la llave en la cerradura y frunció el ceño al darse cuenta de que no había dado dos vueltas al salir.

—Soy bastante descuidado —murmuró.

Abrió la puerta y recibió una fuerte sorpresa al ver a Doreen sentada en una butaca.

—¿Qué haces aquí? —preguntó.

—Nada —contestó la muchacha—. Simplemente, te aguardaba.

—Pensaba ir a verte mañana. Tengo algunas cosas que contarte... Pero ahora me siento bastante cansado.

—No tengo prisa, Clay.

Kipton la miró con curiosidad, de pronto, observó que Doreen aparecía muy pálida.

En los ojos de la muchacha creyó ver una advertencia. Antes de que pudiera formarse una idea de lo que ocurría, oyó una voz a sus espaldas:

—Termine de entrar y cierre la puerta, señor Kipton.

El joven se estremeció. En el mismo instante, un sujeto gigantesco hizo su aparición por la puerta que comunicaba con el dormitorio.

—Lo siento, Clay —dijo ella, muy afligida—. No podía avisarte. Ellos me amenazaron...

—No te preocupes —contestó el joven—. Has hecho bien, Doreen.

—Te buscan, no sé para qué...

—Eso parece —contestó Kipton con indiferencia.

—No los conozco, Clay. Nunca los había visto, te lo juro.

Kipton miró al enorme sujeto que estaba al otro lado de la sala. Rassel sonreía perversamente.

—Hemos venido a hablar con usted —manifestó.

—Me parece que han perdido el tiempo —repuso Kipton.

—Todo depende de sus ganas de cooperar con nosotros —dijo el que estaba a espaldas del joven.

—Clay, ¿puedes decirme qué es lo que sucede? —preguntó Doreen.

—Parece ser que, en efecto, tu tío resultó ser un estafador. Hay cosas que un hombre no puede hacer solo y se buscó unos colaboradores, aunque no supo elegir bien.

—Nosotros no éramos colaboradores de aquel asqueroso viejo —protestó Rassel coléricamente.

—Clay, no entiendo nada —gimió la muchacha—. ¿Qué hacen aquí estos hombres? ¿Quiénes son?

—Doreen, te presento a Rassel, «El Manazas» —dijo Kipton sin perder la serenidad—. El hombre que está detrás de mí, seguramente apuntándome con una pistola, es Trevor Hitts. La pistola, sin embargo, no es su arma favorita; prefiere emplear el lazo del estrangulador, mientras ese gigantón sujeta a la víctima.

—Oiga, ¿cómo ha adivinado usted tantas cosas? —exclamó Rassel, admirado a su pesar.

—Soy el hijo de un hijo bastardo de Sherlock Holmes. Llevo la afición a investigar en la sangre. Herencia, vamos.

—No diga tonterías —gruñó Hitts—. Es cierto que ha averiguado cosas y que nosotros queremos saberlas, pero, vamos, decir que es nieto de Sherlock Holmes... ¿Tiene ganas de burlarse de nosotros?

—Trevor, ¿por qué no empezamos ya de una vez? —sugirió Rassel.

Kipton cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿Cuántos huesos piensa romperme, «Manazas»?

—A usted, ninguno. Si acaso, se los romperemos a la chica.

Sobrevino un instante de silencio. Kipton contuvo la respiración.

Eran unos tipos muy astutos, pensó. Él cedería muy pronto, a fin de evitar que Doreen sufriese el menor daño.

De pronto, vio ondear algo por delante de sus ojos.

—Y si aun así, no quiere hablar, le apretaremos su lindo cuello con este cordoncito —dijo Hitts.

Kipton casi tuvo que bizquear para ver bien el cordón, delgado, pero fuerte. Aquella noche, se dijo, ya había sido utilizado en el cuello de una persona.

Bruscamente, levantó una mano, agarró el cordón y dio un terrible tirón hacia adelante, a la vez que se inclinaba un poco a la izquierda.

Hitts chilló, mientras vacilaba ostentosamente. El instinto de retener en su mano el cordón fue más fuerte y ello le hizo dar una voltereta en el aire.

Rassel vomitó un rugido y se lanzó contra el joven. Kipton retrocedió un par de pasos.

—Espere —pidió.

Rassel le miró extrañado.

—¿Qué quieres ahora? —preguntó.

—Sé boxear muy bien. A pesar de la diferencia de peso, puedo derrotarle fácilmente.

—¿Usted? —se burló el gigante.

Kipton dio otro paso hacia atrás.

—¿Por qué no hace la prueba?

Hitts lanzó un feroz aullido:

—¡Mátale! ¡Destrózale todos los huesos!

Rassel dio un par de pasos hacia adelante. Doreen se metió los puños en la boca, para no gritar. Desde el suelo, Hitts contemplaba la escena con una maligna sonrisa de satisfacción.

Hubo un instante de silencio. De súbito, Rassel disparó el puño.

Kipton actuó aún más velozmente y ladeó el cuerpo hacia su derecha. El enorme puño pasó rozando su hombro y golpeó la pared con tremenda potencia.

Se oyó un formidable estruendo. En el tabique apareció de pronto un agujero de casi un metro de diámetro. La pared tembló como si fuera a venirse abajo.

Rassel retrocedió, con una expresión de indescriptible sufrimiento en su rostro, agarrándose el puño con la otra mano. Kipton sonrió.

—Me parece que vas a tardar mucho tiempo en romper los huesos a la gente. Antes tendrás que curar los que tú mismo has

roto...

Rassel exhaló un salvaje alarido y, poseído por una furia demencial, cargó con la cabeza contra el joven. Una vez, Kipton demostró ser más ágil y saltó a un lado, para esquivar aquella feroz arremetida.

El cráneo de Rassel chocó contra la pared, junto al agujero abierto por su puño. Esta vez fue demasiado; no pudo resistirlo y se desplomó al suelo sin sentido, en medio de una nube de cascotes y de polvo, que se desprendían de una pared casi totalmente destrozada.

Hitts se levantó de un salto y buscó algo en uno de sus bolsillos. Kipton se arrojó sobre él y le arreó un perverso puñetazo en el ojo izquierdo.

El cristal de aquel lado se deshizo en minúsculos fragmentos. Hitts gritó como un loco. Kipton levantó la rodilla y se la clavó en el estómago, tirándolo al suelo de espaldas.

Hitts quedó tendido, encogido sobre sí mismo, gimiendo sordamente. Kipton se inclinó sobre él y le quitó los lentes.

—No parece haber sufrido daños en el ojo —comentó—. Aunque tampoco me habría importado mucho. ¿Sabes? Estos tipos acaban de cometer un asesinato, esta misma noche.

—¿Hablas en serio? —preguntó Doreen.

—No estoy bromeando —respondió él—. Por cierto, ¿qué haces en mi casa?

—Yo llegaba cuando esos dos tipos me sorprendieron. Uno de ellos abrió con una ganzúa o una llave falsa. Luego me hicieron entrar y dijeron que iban a esperarte. Me amenazaron... Bueno, ya lo has visto tú mismo, Clay.

—Desde luego, pero aún no me has dicho a qué viniste, Doreen.

Ella abrió su bolso y sacó un trozo de papel.

—Lo encontré en el fondo de un cajón. Tal vez se traspapeló... Es una nota escrita por mi tío y su contenido me tiene muy intrigada. Dice así: «Despedir a C.

B. No

es de confianza». Eso es todo y no lo entiendo...

Kipton tomó el papel y leyó la anotación hecha por la mano de un hombre al que él había visto pocos momentos después de su muerte. Releyó la nota y, al cabo de unos segundos, hizo un gesto

de asentimiento.

—Ya sé lo que significa —dijo—. Lo siento, pero vas a tener que pensar en tu tío como un hombre de nulos sentimientos hacia los demás.

—Entonces... ¿fue un estafador?

—Las iniciales C. B. se refieren a Charlie Barstow, precisamente el tipo al que estos dos canallas han asesinado esta noche. Barstow estuvo empleado, tiempo atrás, en una oficina de contables jurados, y lo despidieron por hacer juegos malabares con los números. ¿Lo comprendes ahora?

—Si mi tío quería despedirlo, eso significa que era un hombre honrado —protestó ella.

—Significa que no confiaba en Charlie, nada más.

Hitts se agitó de pronto. Kipton movió una mano.

—Aguarda, seguiremos después —dijo.

* * *

Rassel continuaba inconsciente en un rincón, entre los escombros. Kipton se inclinó sobre Hitts y le quitó un pequeño revólver, que lanzó a un lado.

—Bien, Trevor, si le parece, vamos a hablar un poco. En serio, claro —dijo con ominoso acento.

Hitts tenía el ojo izquierdo cerrado. Milagrosamente, los cristales no le habían causado ningún daño. En el otro se advertían claras señales de su miopía.

—¿De qué quiere que hablemos? Usted no me va a zurrar para que yo le conteste. Puede pegar a un hombre, para defenderse, pero no a sangre fría.

Kipton se volvió hacia la muchacha.

—Este tipo es un psicólogo —sonrió—. Doreen, ¿quieres llamar a la Policía?

—¿De qué nos van a acusar? —Fanfarroneó Hitts—. Diremos que entramos a robar...

Kipton se inclinó, recogió el lazo y se lo metió en un bolsillo.

—La Policía vendrá y le registrará. A estas horas, ya saben que Charlie ha muerto estrangulado. Hebras del lazo habrán quedado adheridas a su piel. Eso es algo que los expertos del laboratorio

encontrarán, apenas sepan que usted llevaba encima un cordón de seda. Rassel lo sujetó, mientras usted apretaba la cuerda. Lo sujetaría por los brazos, seguramente. Cuando examinen sus manos, encontrarán también hebras microscópicas de la ropa que llevaba puesta Charlie en esos momentos. ¿Qué cree que pensará el fiscal cuando reúna todos estos datos?

Hitts tragó saliva.

—Usted es un tipo inteligente —añadió el joven—. ¿No se le ha ocurrido pensar en todos esos datos, que un policía medianamente listo reunirá en muy poco rato?

—Hagamos un trato —propuso Hitts con voz insegura.

—¿Después de un asesinato? Usted puede llamarlo «ajuste de cuentas», pero el fiscal lo calificará de una forma muy distinta. Un hombre sujeta a la víctima por los brazos, mientras el otro aprieta un cordón en torno a su cuello. Eso es homicidio en primer grado... y se ha restablecido la pena de muerte.

Hitts sudaba a chorros.

—Si... si le digo quién... quién nos contrató... ¿nos dejará marchar?

Kipton se volvió hacia la muchacha.

—Creo que tú tienes algo que opinar sobre el asunto —dijo.

Doreen vaciló.

—Me repugna pensar en dos asesinos sueltos —respondió—. ¿Quién nos asegura, además, que no intentarán matarte en la próxima ocasión?

—¡Le juro que no! —chilló Hitts—. Siempre soy honrado en mis tratos, señorita Bradstone.

Kipton rió con fuerza.

—Habrás visto cinismo...

—Voy a llamar a la Policía —dijo Doreen con firme acento—. No veo las ventajas que nos puede reportar lo que ese tipo tenga que decirnos. Y no quiero que estén sueltos, después de lo que han hecho.

—¡Espere! —aulló Hitts—. Kipton, usted es hombre; puede comprenderme mejor... Diablos, no sé a qué viene molestarse tanto por Charlie... Era un tipo detestable, un traidor, incapaz de mantener su palabra...

—Trevor, diga el nombre que esperamos y quizá consiga que la

señorita Bradstone reconsiderare su actitud —dijo Kipton calmosamente.

Hitts volvió los ojos hacia la muchacha y se lamió los labios. Doreen hizo un gesto de desagrado.

—No me gustan los tratos con asesinos —insistió—. Ellos te habrían matado a ti y quizá también a mí. ¿Por qué hemos de tener consideraciones de ninguna clase con esos tipos?

Hubo un momento de silencio. Al fin, ella, cruzando los brazos bajo los senos exclamó:

—No me comprometo a nada. Que hable, si quiere, pero que no espere de mí ningún favor.

—Callará, Trevor —dijo Kipton—. Vamos, suéltelo ya de una vez.

Hitts no pudo hablar. Un cristal se rompió bruscamente y una mancha roja apareció en el centro de su frente.

Empezó a caer. Kipton se tiró a un lado y derribó a la muchacha.

Vagamente, divisó una silueta al otro lado de la ventana. De pronto, notó cierta incomodidad bajo su cuerpo.

Eran algunos de los ladrillos del tabique destruido por Rassel. Agarró uno y lo lanzó con todas sus fuerzas hacia la ventana, justo una fracción de segundo después de que hubiera salido el segundo disparo.

El ladrillo rompió el cristal con gran estrépito y golpeó al asesino. Kipton lo vio tambalearse y desaparecer casi en el acto de su vista.

Estaba seguro de haberle alcanzado, pero también se dio cuenta de que escapaba y, prudente, no intentó siquiera perseguirle. Desde el suelo, miró a la muchacha, que aparecía tendida a su lado.

—Estás bien, supongo.

Doreen hizo un gesto de asentimiento.

—Empiezo a acostumbrarme a los jaleos —manifestó—. Ni siquiera estoy asustada, Clay.

Kipton comprendió que la reacción vendría más tarde. Quizá sufriría un ataque de nervios, pero, por el momento, resultaba agradable oírla hablar de aquella forma.

—Bueno —dijo—. Hitts ha muerto, de modo que no podrá decirnos quién le pagó por matar a Charlie. Lo importante, sin embargo, es que hemos salido con bien de la aventura, aunque,

desde luego, vamos a tener que dar muchas explicaciones a la Policía.

—El grandullón sigue desmayado. Hablará cuando recobre el conocimiento —opinó Doreen.

Kipton se levantó y se acercó a Rassel. Al cabo de unos segundos, se volvió hacia la muchacha.

—Tampoco hablará —dijo—. Tiene una bala en el cráneo.

CAPÍTULO XI

Syra llenó la taza de café y la puso delante de su visitante.

—Debió de ser un jaleo por todo lo alto —comentó.

—No te lo puedes imaginar —respondió Kipton, en la tarde del día siguiente—. Lo peor de todo es la publicidad, Syra.

—Mejor para ti, hombre. ¿No eres escritor?

—Sí, pero uso un seudónimo... Aparte de eso, a ningún ciudadano le gusta verse metido en cierta clase de asuntos.

—Si mal no recuerdo, lo haces por propia iniciativa, de modo que no te quejes. ¿Es cierto que derrotaste a Rassel?

—Sí. Era un bruto, con muy poca inteligencia. Pero me derribó un tabique casi entero...

Syra se echó a reír.

—¡Cómo me habría gustado verlo! —dijo—. Fue la chica quien disfrutó del espectáculo, ¿verdad?

—A cualquier cosa llamas tú disfrutar —rezongó el joven—. Hubo momentos en que pasé verdadero pánico.

—Pero el caso es que estás vivo, Clay.

—Y sin ninguna pista —se lamentó él—. Bueno, quizá hay una...

—¿Cuál, por favor?

—Freddie Gaunder, el tipo que disparó tres veces contra mí. También tuvo que contratarlo el mismo que contrató a Rassel y a Hitts.

—Gaunder —repitió Syra, pensativa—. Oye, ese nombre me suena... Lo he oído antes en alguna parte...

—Procura recordar —pidió Kipton ansiosamente.

Syra se puso las manos en las sienes, mientras adoptaba una expresión de profunda concentración. Al cabo de unos momentos, exclamó:

—Escuché ese nombre a una muchacha. Mira, si vas tú, puede que ella se niegue a hablar. ¿Por qué no me dejas que lo haga yo?

—¿Hablar con esa mujer?

—Sí. Le oí mencionar el nombre de Gaunder un par de veces, aunque entonces, como puedes comprender, no presté demasiada atención. Creo que esta noche podré verla. Te llamaré en cuanto sepa algo. ¿Entendido?

—Está bien. ¿Necesitarás dinero?

—No lo creo. En todo caso, te lo pediría más tarde. Pero creo que ella hablará. Me debe un favor. Una vez quiso detenerla la Policía. Yo testifiqué en su favor. Mentí un poco, pero, claro, no era un asunto demasiado grave. Sin embargo, como tenía antecedentes, podía haberle costado un par de años de encierro.

—Favor por favor —sonrió él—. Muy bien, estaré en casa de Doreen Bradstone.

Syra le miró fijamente.

—La chica te gusta —murmuró.

—No puedo negarlo. Falta, ahora, que yo le guste a ella.

—Si yo estuviese en su pellejo, te tendría atado a la pata de la cama —rió la joven.

—Todo son puntos de vista, Syra. Por cierto, ¿qué has pensado de la taberna del viejo Vance?

—Iré a Huttel el próximo fin de semana y estudiaré el asunto.

—Creo que te conviene. A Vance le falla ya la clientela. Tú la atraerás sin dificultad.

—Posiblemente, Clay.

Kipton se puso en pie. De pronto, vio un libro encima de una mesita y lo cogió para hojear sus páginas.

—¿Te gusta Robert Duvaize? —preguntó.

—Mucho. Escribe muy bien y con una fantasía desbordante. Cuenta unas historias realmente conmovedoras...

—Yo creí que te gustaría más cierta clase de literatura, Syra.

Ella se echó a reír.

—Esa clase de literatura no es más que teoría. A mí me gusta la práctica —respondió.

Kipton emprendió una prudente retirada.

—Conozco a Duvaize —manifestó—. Le diré que te dedique su próximo libro, que está a punto de salir a la calle.

—¿De veras?

—Sí. Me dijo el título: «Fuego en las almas». También me dijo que va a superar todos sus éxitos. Un tipo afortunado, no cabe duda.

—Ya me lo presentarás, Clay —sonrió Syra.

—Descuida. No te olvides de llamarme por teléfono.

Kipton salió de la casa y lanzó un suspiro. Syra era una buena chica. Se merecía un porvenir mejor que el que le esperaba si no cambiaba de vida.

* * *

Una doncella le recibió y le acompañó hasta la puerta de la estancia en que se hallaba Doreen. Desde el umbral, Kipton vio a la muchacha detrás de una mesa, sumergida en lo que parecía un maremágnum de papeles.

—Aquí vi yo a tu tío, por primera y única vez —dijo.

Doreen le dirigió una sonrisa desvaída.

—Lo dejó todo más embrollado que lo que parece —declaró—. Hay una cantidad de papeles enormes; facturas pendientes, reclamaciones por atender... Mucho me temo que su fama de financiero, filántropo y mecenas del arte fuese más propaganda que realidad.

—Tenía mucho dinero. Me pregunto por qué no pudo atender una deuda relativamente pequeña, como los trescientos mil dólares de Turkey.

—Oh, sí, en medio de todo hay un importante capital. Pero muy poco dinero líquido en el Banco. Habrá que realizar acciones de empresas realmente solventes, vender algunas propiedades... Tendré que hacerlo, porque, aunque legalmente no me corresponde, no me gustaría vivir aquí sabiendo que hay personas que pueden pasar apuros al no cobrar los débitos contraídos por mi tío.

—Una actitud muy noble —elogió Kipton—. De todos modos, te quedará lo suficiente para vivir sin apuros. Aunque —torció el gesto —, en esta casa de Drácula...

—Se podría arreglar un poco y modificar en parte la decoración. Pero eso no corre prisa por ahora. ¿Qué te trae por mi casa?

Kipton hizo un gesto vago.

—Oh, pasaba por aquí y, de pronto, sentí ciertas punzadas en el estómago. Como no vi ningún restaurante en las proximidades, pensé que tal vez tú podrías invitarme a cenar. Aceptaría aunque sólo fuese un bocadillo...

Doreen se echó a reír.

—Todavía hay una despensa bien provista —contestó—. Avisaré para que pongan un cubierto más en la mesa, Clay.

—Gracias. ¿Qué tal has pasado la noche? Bueno, lo que quedaba de noche, cuando nos soltó la Policía, naturalmente.

—Pues... verás, no tenía sueño, así que me puse a leer un libro. Resultó un remedio muy efectivo. Al cuarto de hora, tuve que apagar la luz.

—Debía de ser un libro plúmbeo —sonrió él—. Dame el título, para comprarme un ejemplar y utilizarlo como somnífero cuando me cueste dormirme.

—¡Pero si es un libro muy interesante! Lo que sucede es que su lectura me relajó totalmente y por eso me pude dormir con gran facilidad. A ti no te gustaría, además, el tema; tú eres experto en asuntos morbosos, con mucho sexo. No creo que te interesen los temas románticos.

—Bueno, cambiar de literatura, a veces, da ciertos resultados.

—Está bien, si insistes... Luego, después de cenar, te lo dejaré, para que te ahorres el precio de un ejemplar. Se titula «Corazones oprimidos», de Robert Duvaize.

—He oído el nombre de ese tipo —manifestó Kipton—. Parece que tiene bastante éxito últimamente.

—Se comprende. Escribe muy bien... hasta yo diría que ha renovado el género romántico, aunque incluye una buena dosis de aventuras.

—Sí, claro, la heroína lo pasa bastante mal, hasta que el héroe acude a salvarla de sus fieros enemigos.

—No te burles de Duvaize. No es tu estilo, pero, al menos, respeta el de tus colegas —le reprochó Doreen—. A fin de cuentas, la gente tiene derecho a soñar un poco, ¿no?

—No se puede evitar —convino él, con amplia sonrisa—. Y, hablando de todo un poco: ¿qué hay de cena?

Doreen elevó los ojos al cielo.

—¡Este hombre desconoce lo que es la palabra romanticismo! —

clamó.

—Lo que pasa es que en las novelas no aparece, pero también los héroes y las heroínas necesitan alimentarse, además de otras cosas más prosaicas, que no menciono para no herir tu sensibilidad. Pero, a fin de cuentas, son hombres y mujeres, esto es, seres de carne y hueso. Lo mismo que tú y yo, Doreen.

—A última hora, lograrás convencerme —dijo ella sonriendo—. Bien, ¿qué te parece una copa antes de la cena?

—¡Magnífico! —aprobo Kipton entusiasmado.

* * *

Kipton terminó de cenar y se reclinó, satisfecho, en su silla.

—Tenía un hambre de lobo, debo confesarlo. Felicita a tu cocinera, Doreen.

—Se lo diré, aunque no sé si podré seguir teniéndola a mi servicio. Como las cosas de mi tío no mejoren, creo que tendré que reducir muchos gastos.

—Bueno, en todo caso, aquí me tienes para echarte una mano...

El teléfono sonó en aquel momento. Una doncella lo atendió y luego se volvió hacia la mesa.

—Llaman al señor Kipton. Es una mujer que dice ser Syra Belding...

El joven se puso en pie rápidamente.

—Discúlpame, Doreen. Le dije que me llamase aquí, si conseguía averiguar algo que yo le había pedido.

—Tu amiga de la infancia, ¿eh? —dijo ella con sarcasmo.

—Lo será siempre —contestó Kipton gravemente.

Doreen comprendió el sentido de aquella respuesta y no se atrevió a decir nada. Kipton agarró el teléfono.

—Adelante, Syra —invitó.

—Está bien, Clay. He hablado con la chica que te mencioné. Anduvo una temporada liada con Gaunder. Luego lo dejó, porque se enteró de la clase de tipo que era. Imagínate, no debe de resultar nada agradable dormir con un asesino profesional. Esa chica tiene estómago, pero no tanto, ¿comprendes?

—Sí, aunque hasta ahora no me has dicho nada nuevo. ¿No te dio más detalles sobre Gaunder?

—Aguarda un momento, hombre. Aunque rompió con Gaunder, en cierto modo, seguía relacionada con él, pero a distancia... «Hola y adiós», cuando se veían, «estás muy guapa, tú tienes un aspecto magnífico», pero nada más.

—Eso ya está más interesante. Continúa, por favor.

—Bueno, en los últimos tiempos, le vio un par de veces con un tipo al que no conocía. En la segunda ocasión, pudo captar el cambio de un fajo de billetes de una mano a la otra; de la del desconocido a la de Gaunder. Y eso, dice la chica, sucedió dos noches antes de la muerte de Gaunder.

—Supongo que entonces recibió el precio por mi muerte. Todavía tendré que dar las gracias a Turkey por haberme salvado la vida. Una cosa, ¿sabe tu amiga quién es el tipo que dio dinero a Gaunder?

—No. Lo único que me dijo fue que era un hombre de cuarenta años, alto, muy distinguido, aunque se había vestido con ropas corrientes. Pero no le sentaba bien, ¿comprendes? Ella tiene la sensación de que se disfrazó. A fin de cuentas, la entrevista tuvo lugar en un sitio donde no exigen la corbata para entrar.

—¿Algo más, Syra?

—Sí. El sujeto tenía las sienes plateadas, lo cual le daba un aire muy interesante. Ella, después, quiso conquistarle, pero el otro la miró como si fuese un bicho raro y se marchó. Estaba muy perfumado y eso no se correspondía con la indumentaria que llevaba puesta.

—Vamos, que le pareció un príncipe real de incógnito —rió Kipton.

—Sí, algo por el estilo. Eso es todo, Clay.

—Gracias, Syra; luego hablaremos de tu taberna. Adiós.

Kipton colgó el teléfono y se volvió hacia la muchacha.

—Algo hemos conseguido —manifestó—. La descripción del tipo que, presumiblemente, pagó a Gaunder por matarme.

—Una descripción física no sirve de mucho si no se conoce el nombre de la persona a quien corresponde —objetó Doreen.

—Como dijo aquél, menos da una piedra. Bien, la fiesta ha terminado y creo que me conviene volver a mi casa.

—Yo seguiré buscando entre los papeles de mi tío... Por cierto, cuando llegaste, había encontrado algo extraño.

—¿Qué es, Doreen?

—Una lista de accionistas de la «Fayson». Pude ver los primeros nombres y el de Turkey figura en lugar destacado, efectivamente, con trescientos mil dólares.

Kipton se sintió muy interesado al conocer la noticia.

—¿Puedo ver esa lista? —solicitó.

—Claro —accedió Doreen—. Haré que nos sirvan allí el café. Anda, ven conmigo.

Kipton siguió a la muchacha. Cuando llegaron al despacho, ella le entregó un papel. Kipton inició la lectura de inmediato.

—Sí, el nombre de Turkey figura en los puestos de honor... —Al cabo de unos instantes, lanzó una exclamación—: ¡Mira, aquí está mayordomo de tu tío! Es decir, si Bernard se apellidaba McDuff.

—Sí, ése era su apellido. Pero me extraña que Bernard fuese accionista de la «Fayson»...

—Nada menos que con sesenta mil dólares —dijo Kipton—. Mis sospechas se han convertido en realidad, Doreen.

—¿Qué quieres decir, Clay?

—Verás, Bernard pudo pensar tal vez que el dinero ahorrado podía producirle un interés mucho más alto si lo invertía en acciones de la «Fayson». A veces se pagan dividendos hasta de un veinte por ciento, lo cual le habría representado doce mil anuales. ¿Qué pasó después? Las acciones se hundieron y Bernard vio que los ahorros de toda una vida se habían volatilizado como el humo. Entonces, cuando alguien le propuso hacer la vista gorda cierta noche, aceptó inmediatamente. Como muchos otros, culpaba a tu tío del fracaso de la «Fayson».

—Entiendo. Se dejó sobornar por Turkey...

—Aceptó una miseria, dos mil dólares, pero es porque ya había aceptado previamente un soborno de otra persona, del auténtico asesino. Bernard debió de pensar que si uno no le mataba, el otro lo conseguiría... y algo sacaría en limpio, después de la ruina a que se había visto abocado. ¿Comprendes?

Doreen volvió a contemplar la lista de accionistas.

—Creo que tienes toda la razón del mundo —murmuró—. Lo raro del caso es que mi tío no redactó esta lista.

—Lo haría algún escribiente —supuso Kipton—. Bueno, yo me marchó; voy a ver si de alguna manera puedo dar con el tipo que

pagó a Gaunder para que me liquidase.

—¿Supones que ese hombre tiene algo que ver con la muerte de mi tío?

—No lo supongo; estoy firmemente convencido de que es así —respondió el joven, a la vez que se encaminaba hacia la puerta.

—¡Eh, te marchas sin tomar el café! ¡Y sin el libro de Duvalise!

Kipton se volvió y sonrió.

—Puesto que no voy a tomar calé, no me hará falta el libro de ese idiota —se despidió.

Cuando llegaba al vestíbulo, se cruzó con un inesperado visitante.

—Buenas noches, señor Fayne —saludó cortésmente.

—¿Qué tal, amigo Kipton? —contestó el otro, con no menor educación—. No esperaba verle por aquí...

—He tenido el honor de ser invitado a cenar por la dueña de la casa —respondió Kipton—. Pero ya me iba: no le molestaré, si tiene que tratar de asuntos de negocios con ella.

—Oh, voy a ser muy breve: sólo he venido para ver si me ha firmado unos documentos. He tenido mucho gusto, señor Kipton.

—El placer ha sido mío, señor Fayne.

Kipton abrió la puerta y salió al jardín. Apenas había dado unos pasos, se detuvo en seco y, girando lentamente se volvió para mirar hacia la puerta que aún permanecía abierta.

El hombre alto, de aspecto distinguido, con las sienes plateadas, intensamente perfumado... Aspiró el aire con fuerza y, en el acto, notó un nudo en el estómago.

—¡Él! —murmuró a media voz.

CAPÍTULO XII

El coche de Fayne aparecía ante la escalera que permitía el acceso a la casa. Kipton se acercó, vio la llave de contacto puesta y la retiró discretamente.

El suyo estaba en la calle y tenía las llaves en el bolsillo. Inmediatamente, volvió sobre sus pasos.

Una doncella se disponía a cerrar. Kipton evitó que lo hiciera y la sirvienta le miró asombrada.

—¿Dónde está el señor Fayne? —preguntó.

—En el despacho, con la señorita Doreen, señor.

—Bien, yo también quiero hablar con los dos. Ethel, hágame un favor, ¿quiere? Llame a la Policía y diga que está aquí el asesino del señor Mallinson.

La doncella abrió unos ojos como platos. Kipton la sacudió ligeramente por un brazo.

—No es cosa de broma —murmuró—. Haga lo que le digo y luego escóndase si quiere. Pero, de cualquier forma, no mencione a nadie que ha avisado a la Policía, ¿estamos?

Ethel asintió. Kipton cruzó el vestíbulo y abrió levemente la puerta del despacho. La voz de Fayne sonó con cierta irritación.

—Doreen, por el amor de Dios, me estás retrasando demasiado. ¿Cuándo me vas a firmar esos documentos?

—Mi abogado me aconsejó que esperase. Aún faltan algunos trámites para que la declaración de heredera universal tenga efectividad legal. Si firmase ahora, esos documentos podrían ser declarados más tarde como nulos.

—Bueno, a fin de cuentas... ya estarían firmados...

—Pero eso no resolvería sus numerosos problemas, señor Fayne —intervino Kipton súbitamente.

Fayne giró con violencia. Doreen miró al joven con asombro.

—¡Clay! ¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó.

Kipton se acercó a la mesa y cogió la lista que habían estado examinando antes.

—¿Es su letra, señor Fayne? —preguntó.

—Sí —admitió el aludido—. Pero eso, ¿qué le importa a usted?

—Me importa más que lo que se cree, porque por culpa de esta lista y de otros documentos, yo he estado a punto de morir. Y no se habría llevado usted un grave disgusto, sino todo lo contrario.

Aspiró el aire con fuerza.

—Intensamente perfumado —continuó—. Alto, apuesto, con canas en las sienes y vestido con ropas que desentonaban en el tugurio donde se entrevistó con Freddie Gaunter. ¿Cuánto le pagó para que me matase, señor Fayne?

Doreen comprendió en el acto lo que pasaba y se puso una mano en la boca. Fayne palideció horriblemente.

—No... no hay pruebas... —dijo, haciendo un gran esfuerzo.

—Tal vez no las encuentren de inmediato, pero sí investigarán a fondo cuando investiguen sus negocios, sus cuentas bancarias... el dinero que tiene en alguna parte, procedente de la estafa de la «Fayson», una compañía que, seguramente, fundó usted de una manera ficticia, para hacerse con una fortuna rápidamente. Fue, sin duda, tan listo, que consiguió engañar a un experto como era el difunto Mallinson. Luego, la compañía se fue a pique, pero usted ya había llenado el saco, a cuenta de los primos que creyeron en el prestigio de Mallinson. ¿Estoy diciendo mentiras, señor Fayne?

—De modo... —exclamó Doreen— que fue... él...

Kipton asintió.

—Sí, fue él —acusó.

* * *

La mano de Fayne fue hacia uno de los bolsillos de su traje. Kipton captó el gesto.

—Fue él —repitió el joven—. Ignoro los medios de que se valió para convencer a tu tío, aunque me imagino que debe de tener la suficiente labia para persuadir a una estatua desnuda de que le conviene vestirse. En fin, todo habría salido bien, probablemente,

de no habérsele ocurrido a Turkey tomarse el desquite.

—Eso inició las complicaciones, supongo —dijo Doreen.

—Puedes tenerlo por seguro. Las complicaciones, de todos modos, empezaron cuando tu tío se dio cuenta de la estafa y trató de arreglar el asunto, aunque, desgraciadamente, no tenía líquido suficiente para compensar a los accionistas. Pero ello no le arredró, porque, estoy seguro, habría sabido salir adelante, aunque, desde luego, encerrando a Fayne en la cárcel y obligándole a devolver el dinero estafado. Pero eso, claro, no le convenía a Fayne: no había cometido una estafa para devolver luego el dinero. Entonces planeó matarle.

—Y sobornó a Bernard...

—Es muy posible que le convenciera de que Mallinson era el culpable de todo. Bernard debía de sentirse desesperado, viéndose en la miseria, y pensó que tu tío debía pagarlo —Kipton se volvió hacia Fayne—. ¿Cuánto le costó el soborno? —preguntó.

—Nada —contestó el interpelado—. Bernard se sintió muy contento de que yo le diera lo suyo al viejo miserable.

—Le contaría el cuento de que también estaba arruinado —supuso el joven—. Como sea, Bernard debió de darse cuenta de que había cometido un error. Y no sólo se había comprometido a colaborar con Fayne, sino también con Turkey. Podía verse en un aprieto y le pidió dinero después. ¿Me equivoco, Fayne?

—Me pidió lo que había perdido. Pensé que luego querría pedirme más...

—Y prefirió pagarle con unas cuantas balas, que resultaba mucho más económico. Pero había también algunos puntos débiles en su sistema. Charlie Barstow, por ejemplo, quien le había ayudado en algunos aspectos de la contabilidad de la supuesta compañía minera. También quería dinero, ¿verdad?

Fayne se puso rígido.

—¿Podrán demostrar que tuve algo que ver con esas muertes? —preguntó desafiadoramente.

—Hay un testigo que le vio dar dinero a Gaunder. En alguna parte, se encontrará el revólver que usó para matar a Mallinson y también a Russel e Hitts, cuando se dio cuenta de que yo podía obligarles a hablar. Luego le preguntarán cómo consiguió un millón o cosas así, en tan poco tiempo, y vendiendo acciones de una

compañía ficticia.

—Eso será si me atrapan —contestó Fayne.

De pronto, sacó un revólver. Con la mano izquierda, le acopló un silenciador.

Doreen lanzó un grito de susto y se refugió en los brazos del joven. Kipton miró al asesino sin el menor temor.

—Aunque nos mate, no podrá escapar —dijo.

—Tengo el coche a la puerta...

—Le he quitado las llaves, Fayne.

Hubo un instante de silencio. Los ojos del asesino emitieron un vivo destello de cólera.

—Maldito... A veces me pregunto por qué no le maté yo mismo...

—Le habría resultado más barato, en efecto, aunque más comprometedor. Sin embargo, no se atrevió. La muerte de Mallinson fue casi el crimen perfecto. Mi muerte, en cambio, habría tenido más difícil justificación y prefirió encargarlo a otros. Bueno, Fayne, suelte el arma y entréguese; es lo mejor que puede hacer.

—¿Cree que soy estúpido? Tengo el dinero a buen recaudo: me iré fuera del país...

—¿Está seguro?

Fayne vaciló un instante. Alguien abrió bruscamente la puerta del despacho.

—¡Tire el arma! —ordenó un policía.

Fayne se volvió, terriblemente sobresaltado. Casi sin saber qué hacía, levantó el revólver.

En la ventana sonó un disparo. El primer policía hizo fuego también.

El índice de Fayne se contrajo espasmódicamente, pero la bala que salió del arma fue a parar cerca del techo. Hizo un brusco gesto y luego se desplomó al suelo.

Un policía, de paisano, entró en el despacho.

—Hemos oído casi todo —manifestó—. Señor Kipton, ¿tendrá la bondad de repetirnos lo que ha dicho aquí?

—Con mucho gusto —respondió el joven.

Tendió el cheque a Syra y sonrió.

—Te deseo mucha suerte. Algún día, espero, iré a tomarme una jarra de cerveza en tu taberna.

—¿Solo?

—¿Quién sabe?

Syra guardó el cheque.

—Te devolveré el préstamo en cuanto me sea posible —prometió.

—No tengas prisa.

Ella se marchó. Kipton suspiró.

—Bueno, a ver si ahora puedo dedicarme a mi trabajo con toda tranquilidad —murmuró.

De pronto, vio la caja que había en un lado de la estancia y sonrió. Fue hacia ella y empezó a quitar el papel que la envolvía.

Momentos después, levantaba en alto un hermoso jarrón, muy parecido a los anteriores.

—Bienvenido a casa, chico —dijo—. Y a ver si tienes más suerte que tus predecesores...

La puerta se abrió bruscamente y le golpeó en la espalda con tremenda fuerza, haciéndole perder el equilibrio. El jarrón estalló con gran estrépito.

Alguien entró como un torbellino.

—¡Clay Kipton! —gritó Doreen—. ¿Es que has perdido la vergüenza? Yo pensé que no ibas a ver más a tu... amiga de la infancia y acabo de verla salir de tu casa...

Tendido en el suelo, entre los restos del jarrón, Kipton apoyó la mejilla en una mano. Con la otra, apartó algunos fragmentos de cerámica, para hacer tamborilear sus dedos.

—Nunca, nunca más en la vida me compraré un jarrón —dijo melancólicamente.

Doreen contempló el espectáculo y se echó a reír. Luego, arrodillándose junto al joven, le acarició el rostro.

—Pobrecito... Otro jarrón roto por mi culpa... Te compraré una docena si tú quieres...

—Serán de hierro o no habrá jarrones en mi casa.

—En la mía, sí.

—¿Te refieres a la casa de Frankenstein?

—Bueno, la arreglaremos un poco, para que no parezca tan

tétrica...

—De modo que no tienes inconveniente en casarte con un autor de novelas de «suspense» y de sexo.

—No. Escribe lo que quieras, Clay. No se debe violentar la inspiración del artista.

—Gracias. Pero te diré una cosa...

—Me dirás que no volverás a ver más a Syra Belding.

—Se marcha a Huttle. Le he prestado dinero para que compre una taberna.

—Oh, no lo sabía... Bueno, los asuntos de mi tío se van arreglando poco a poco. Algo se salvará; no quedaré tan mal, Clay.

—Lo celebro.

Alguien se asomó de pronto por la puerta.

—¿Señor Kipton? —dijo el hombre.

Kipton se levantó.

—Sí...

—Soy Herwids, de la... Bueno, aquí tiene mi tarjeta.

Kipton leyó la tarjeta y asintió.

—Una productora muy acreditada —dijo.

—Estamos dispuestos a comprarle los derechos de «Vida, pasión y muerte de una princesa». ¿Qué le parecen cien mil dólares?

—¡Doscientos mil! —pidió Kipton rápidamente.

—Ciento cincuenta mil.

—Aceptado.

Los dos hombres se estrecharon las manos. Herwids añadió:

—Le aguardamos mañana para firmar el contrato. A las diez de la mañana, por favor.

—Seré puntual —prometió el joven.

Herwids se marchó. Doreen se encaró con Kipton.

—Condenado embustero —le apostrofó—. Todo el tiempo arrojando fango sobre el nombre de Robert Duvaize, poniéndole verde continuamente... y resulta que eres tú...

Kipton sonreía.

—¿Te molesta?

Ella remoloneó un poco.

—¿Por qué no firmas las novelas con tu verdadero nombre?

—Robert Duvaize suena mejor. Tiene mucho éxito, así que, ¿para qué cambiar el nombre del autor?

—Sí, quizá tienes razón.

—La tengo. Tal vez un día deje de interesar al público y entonces procuraré escribir sobre otros temas. Pero eso está aún lejos...

—Mi coche está más cerca, Clay.

—¿Adónde vamos, encanto?

—A sacar la licencia de matrimonio, claro. Si no tienes nada que oponer.

—Nada en absoluto.

Kipton agarró el brazo de la muchacha y, juntos, se encaminaron hacia la puerta. Al salir de la casa, él se detuvo en seco al ver el coche que estaba parado junto a la acera, con el chofer uniformado al lado de la portezuela posterior.

—¿Es tuyo? —preguntó.

—Era de mi tío —contestó ella—. El chofer es también el jardinero...

Kipton asintió.

Sonriendo, avanzó hacia el «Rolls».

—Esta vez no me llevan a ver a un muerto —murmuró.

FIN



LUIS
GARCÍA
LECHA.

Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig. Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor. La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas. Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión hasta la cena.

Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales, Bruguera y Toray, que imponían a su cuadra de escritores unas condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos Can-Can

y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras. García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans. Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.